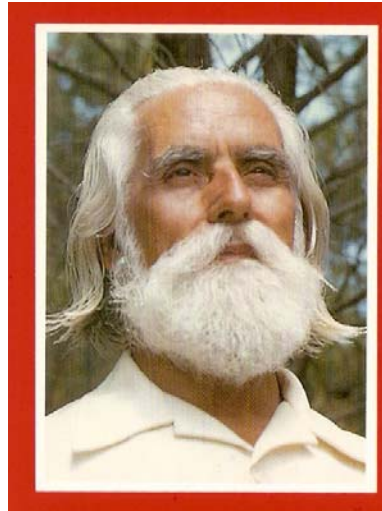


**OM-96-01**

**LA VERDAD,  
FRUTO DE LA SABIDURIA  
Y DEL AMOR**



**Por el Maestro  
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV**

“Si hay tantas –verdades- diferentes y contradictorias que circulan por el mundo, es porque ello refleja la deformación del corazón y del intelecto de los humanos. Cuando alguien os dice: “Para mí la verdad es...” se trata de su –verdad- y esta verdad habla de su corazón y de su intelecto, que son insuficientes, deformados o, por el contrario, muy elevados. Si la verdad fuese independiente de la actividad del corazón y del intelecto, todo el mundo la hubiera descubierto. Sin embargo, no es éste el caso, lo sabes bien. Todo el mundo descubre verdades diferentes, salvo aquellos que poseen el verdadero amor y la verdadera sabiduría. Estos han descubierto la misma verdad; por esto, todos ellos, en el fondo, hablan el mismo lenguaje.”



*Centre OMRAAM  
Institut Solve et Coagula  
Reus  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
Primer Centro  
De difusión de la obra  
Del Maestro OMRAAM  
En lengua Española*

## **PENSAMIENTOS DEL MAESTRO SOBRE LA VERDAD**

¡Cuánta gente se vanagloria de decir la verdad, cuando a menudo sería mejor que se callaran! He aquí, por ejemplo, un hombre que confía a un amigo las dudas que le inspira la actitud de su mujer: ¿no le estará siendo infiel? y el amigo, que sabe de que se trata, cree que su deber es decir la verdad: le confirma que en efecto su mujer le engaña. Resultado: el marido, enfermo de celos, sorprende a su mujer y a su amante, les mata con una bala de pistola, después, desesperado, se salta la tapa de los sesos. Pensaréis que es una manera un poco simple de presentar las cosas, pero no tanto. ¡Mirad todo el mal que causan los humanos con el pretexto de decir la verdad!

La verdad es una cosa excelente, pero a condición que se consulte primero a la sabiduría para saber cómo, cuándo y a quién se puede decir. De lo contrario, no hay nada más catastrófico que la verdad cuando la sabiduría está ausente para dosificarla, para orientarla, y asimismo el amor, ciertamente. Porque los tres están relacionados y siempre deben caminar juntos: amor, sabiduría y verdad.



*Centre OMRAAM*  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## LA VERDAD

Cuando leéis o escucháis una palabra que os maravilla, es como una revelación: sentís que algo nuevo se produce en vosotros. Y efectivamente, una palabra sobre una verdad posee un poder real mágico. Pero si no hacéis nada con la idea expresada por esta palabra, sus efectos se diluyen. Sólo podréis buscar nuevas palabras para experimentar las mismas emociones espirituales, las cuales se borrarán igualmente. Entonces, ¿de qué sirve todo esto?

Debéis finalmente encontrar un buen método de trabajo: cuando recibáis una verdad, no os conforméis con maravillaros durante algunos minutos, tratad de vivir todo el día con ella. Mientras trabajéis, paseéis, escuchéis música, cocinéis o hagáis la limpieza, etc., no la abandonéis. Estudiadla bajo todos sus aspectos, tratad de comprender cómo se verifica en todos los ámbitos y en todas las circunstancias. Así lograréis que se encarne en vosotros.



*Centre OMRAAM*

*Institut Solve et Coagula*

*Reus*

[www.omraam.es](http://www.omraam.es)

*Primer Centro*

*De difusión de la obra*

*Del Maestro OMRAAM*

*En lengua Española*

## LAS VERDADES

Os encontráis en una enseñanza espiritual: tomadla en serio. Anotad todas las verdades que os parecen importantes, y entre ellas elegid algunas que penséis podéis necesitar más en particular en este momento. Más tarde, en circunstancias diferentes, os serán necesarias otras verdades y es en ellas que deberéis concentraros.

Estas verdades que ahora sentís son importantes para vuestro progreso espiritual, vuestro equilibrio y vuestra paz interior, esforzaos en practicarlas cada día. Despertáis la fuerza divina en vosotros, y la fuerza divina que creó el mundo sabe cómo tocar y organizar las cosas en todo vuestro ser. Sólo vuestro trabajo puede despertar la fuerza divina en vosotros; creáis un vínculo con ella, y ella es la que os sostiene, la que os mantiene.



*Centre **OMRAAM***  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## INDICE TEMAS

- 1--La búsqueda de la verdad.
- 2--La verdad, hija de la sabiduría y del amor.
- 3--La sabiduría y el amor: luz y calor.
- 4--El amor del discípulo, la sabiduría del Maestro.
- 5--El núcleo de verdad.
- 6--"Yo soy el camino, la verdad y la vida".
- 7--El rayo azul de la verdad.
- 8--Verdad verdaderamente verídica.
- 9--Ser fieles a la verdad.
- 10--"Sobre gustos y colores".
- 11--Mundo objetivo y mundo subjetivo.
- 12--La primacía del mundo subjetivo.
- 13--Progreso científico y progreso moral.
- 14--Verdad científica y verdad de la vida.
- 15--Verlo todo como si fuese la primera vez .
- 16--Sueño y realidad.
- 17--La verdad, más allá del bien y del mal.
- 18--"La verdad os hará libres".



Centre **OMRAAM**  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
Primer Centro  
De difusión de la obra  
Del Maestro OMRAAM  
En lengua Española

# I

## LA BUSQUEDA DE LA VERDAD

Corrientemente, todos solemos decir: "Es verdad", o, "No es verdad". Pero, según el caso, la palabra "verdad" varía de significado. Por ejemplo, cuando decimos: "no es verdad" queremos significar que es un error; pero también podemos querer significar que es una mentira. El que comete un error generalmente ignora la verdad, mientras que el que dice una mentira, por el contrario, conoce la verdad, pero quiere camuflarla porque tiene en ello algún interés "no muy católico" que defender.

Podemos decir que la verdad que se opone al error pertenece al ámbito de la ciencia, y que la verdad que se opone a la mentira, pertenece al ámbito de la moral. Pero los hombres también dicen que buscan la verdad, cuando se preguntan sobre el sentido del destino humano en general y sobre su propia existencia en particular. Esta verdad pertenece al ámbito de la filosofía y de la religión, y es aquí donde una enseñanza iniciática puede instruirnos y orientarnos adecuadamente.

La palabra verdad asusta a mucha gente: se imaginan la verdad como un poder temible que les impedirá respirar, comer, beber, amar. Por mucho que les expliquéis que, al contrario, respirarán, comerán, amarán, y hasta mejor que antes, no hay nada que hacer, huyen. ¡Y cuántos otros hablan de la verdad como de algo imposible que debe ir a buscarse más allá de las estrellas! Uno se pregunta si, realmente, la verdad es tan difícil de encontrar... ¿No será, más bien, que los humanos no saben que es lo que hay que buscar ni cómo hay que buscarlo, o quizás desean tener una justificación para todas sus debilidades? La verdad no es tan difícil de encontrar para aquel que la busca honestamente.

¿Cómo podemos llegar a imaginarnos que el Creador, la Inteligencia cósmica (podéis llamarle como queráis), ha puesto al hombre en una situación donde nunca pueda encontrar su camino? Es cierto que no le es fácil obtener la revelación de la verdad absoluta. Pero tampoco hay que pensar que le es imposible conocer la verdad necesaria para conducir su vida.

¡Cuántas personas se han presentado ante mí diciendo que buscaban la verdad. ¡Durante años he escuchado pacientemente los relatos de esta búsqueda. Hasta fingía que estaba admirado, porque buscar la verdad es algo glorioso, ¿no es cierto? Pero después al cabo de unos años, perdí la paciencia y decidí dar una buena lección a todos estos que están tan orgullosos de buscar la verdad y no encontrarla.

"Hace más de cincuenta años que busco la verdad", me confesó un día un anciano. - ¿Y no la ha encontrado? le dije. - No, me contestó. - ¿Y sigue Vd. buscándola? insistí. - Sí - respondió, con un aire de tanta suficiencia que, evidentemente, pensó que yo le felicitaría por su perseverancia. Le miré, le volví a mirar, y finalmente le dije: "Pues bien, querido señor, debe usted saber que no la encontrará jamás, porque en realidad hace todo lo posible para no encontrarla. - ¿Cómo? Que yo hago... - Sí usted ya ha encontrado la verdad varias veces en su vida. Porque es muy fácil encontrarla, está en todas partes; la ha visto, la ha oído, la ha tocado, pero nunca la ha aceptado, porque tiene muchas otras cosas en la cabeza. Usted busca "una" verdad para su propia conveniencia, y cuando encuentra la verdad, como ésta no corresponde a sus deseos, se dice: "No, no, no es esto lo que necesito", y tuerce su camino. Y vuelve a insistir diciendo: busco, busco, pero si analizamos esa palabra, "buscar", constataremos que lo único que busca es aquello que le pueda dar los medios para satisfacer sus apetencias y sus ambiciones. Usted no busca la verdad, señor; discúlpeme, sino que lo que busca es una criada

que satisfaga todos sus caprichos. Si hubiese querido, verdaderamente, encontrar la verdad, hace ya mucho tiempo que la habría encontrado. Aún hoy puede encontrarla, pero no quiere."

Qué conversación! ¿Verdad? La he repetido con varias personas, pero no os diré lo que sucedió después...

Basta que alguien diga: "Busco la verdad", para que los demás, que no saben en qué casillero conviene clasificar a este "buscador", abran unos ojos como platos, maravillados, diciéndose: ¡estamos frente a alguien que busca la verdad... casi nada! Están asombrados. Sí, es muy ventajoso andar tras la búsqueda de la verdad. Incluso materialmente es ventajoso. Por eso hay gente que hace de ello una profesión: no cesan de ir de un lado para otro hablando de sus búsquedas infructuosas, escriben libros en los que exponen sus esperanzas y sus decepciones y, cuando estos libros se publican, sus autores reciben premios, se les invita a un "buffet" bien surtido con toda clase de comida, les ofrecen té, champán. ¡Veis qué ventajas!

Muchos otros comienzan a buscar, según dicen, la verdad, porque sienten que ya no tienen tanta energía y dinamismo como antes para proseguir las actividades de su juventud. Si se les dice que para encontrar realmente algo, deben consagrar un poco de tiempo a ciertas lecturas, a la oración, a la meditación a algunos ejercicios espirituales, responden que no pueden, que están muy ocupados. Pero a pesar de ello, ¡buscan! No tienen ningún alto ideal, no quieren comprender que primero tendrían que cambiar algo en su forma de pensar, pero buscan... Pues bien, buscar en estas condiciones no sirve de nada.

Todos los humanos están buscando algo. Según los casos, lo llaman felicidad, o sentido de la vida, o verdad... ¿Y por qué no encuentran lo que buscan? Porque lo esperan siempre bajo una forma que corresponda a la idea que se han hecho de ello. Hasta



la verdad debe adaptarse a sus deseos. Y cuando frecuentan una enseñanza espiritual, lo hacen con la esperanza de encontrar en ella teorías y situaciones que les convengan. Por eso vemos cómo van de una enseñanza a otra, sin quedarse nunca en ninguna parte. O bien les disgusta la clase de gente que hay... o creen que no han sido recibidos adecuadamente o no ven las ventajas materiales que puedan obtener o la enseñanza que se da es demasiado exigente... o el Maestro de esta enseñanza no les hace las promesas que esperaban...

Los hombres buscan mentiras, ilusiones, pompas de jabón, y es por ello que se apartan de un verdadero Maestro: ¡porque, precisamente, éste no es un vendedor de ilusiones! A su lado se sienten molestos, desgraciados. Pues bien, ésta es la prueba de que no buscan la verdad. La verdad no molesta, no hace sentirse desgraciado; si les abrumba, es porque no desean verdaderamente encontrarla. Si verdaderamente la desearan encontrar, ¡serían tan felices! No, no quieren encontrada, y van de un lado a otro diciendo: "Busco la verdad". Sí, ¡es formidable! Utilizan esta frase como una condecoración.

Es hora ya de quitarse esta condecoración, y sustituida por otra que diga: "He encontrado el buen camino, ¡y ahora trabajo!" Pero no, no, siguen buscando, esperando que el Cielo, que Dios mismo, se someta a su voluntad para satisfacerles, y permanecen ahí, tozudos, exigentes. Pero, por mucho que reclamen y exijan, un día u otro se verán obligados a constatar que nada sucede tal y como esperaban. Porque no se puede violentar al mundo divino: la verdad sólo se revela a aquellos que han sabido encontrar la actitud correcta.

Los hombres buscan la verdad como, durante siglos, han buscado a una mujer para casarse: necesitaban una sirvienta para darles hijos, cocinar, limpiar, hacer la colada, planchar sus trajes y

soportar su mal humor. Pero he ahí que no hay verdad sirvienta. Es el discípulo quién debe convertirse en caballero servidor de la verdad. ¡Porque la verdad es una princesa! "Y yo quiero ser un príncipe", diréis. De acuerdo, ¿por qué no? Pero debéis mostraros dignos de ello, elevándoos hasta la verdad, en lugar de tratar de que sea ella la que descienda hasta vosotros. Sucede en el plano psíquico lo mismo que en el plano físico: no todos pueden entrar en el palacio real para casarse con la princesa y proclamarse herederos. ¡Habéis leído en los cuentos las numerosas pruebas por las que debía pasar el joven audaz que quería obtener del rey la mano de la princesa, su hija! Si no era capaz de alcanzar sus ambiciones, moría. Pues bien, estos cuentos son muy profundos y deben hacer os reflexionar. Lo mismo sucede con la verdad. Es hija de Dios: si os presentáis ante ella sin estar dispuestos a servida para mostrarle que sois dignos de obtener su mano, os colocáis en una situación de orgullo insensato, y ella os despedirá. Sucede como en los cuentos: la verdad es hija de un rey inflexible, nunca se adaptará, ni descenderá hasta vosotros, y, si no sois vosotros los que os inclináis ante ella, no sólo no conseguiréis ganárosla, sino que moriréis, espiritualmente hablando. ¿Diréis que la verdad es cruel? Sí y no, todo depende de vuestra actitud.

Sólo encontraremos la verdad si nos decidimos a servida. ¡Cuántos espiritualistas, incluso, no la encontrarán jamás!, porque esperan que ella les ayude a realizar sus deseos más materiales. Os lo dije: la toman como una sirvienta, o incluso como una cuenta bancaria que les servirá para conseguir posesiones, poder, medios para seducir a las mujeres, etc. Sin embargo, la verdad es una princesa, y, cuando ve que queréis rebajada para realizar tareas humillantes, se indigna y dice: "Pero ¿por quién me toma éste?" y os rechaza con desprecio. Desgraciadamente, por todas partes en la sociedad, en las escuelas, en las familias, sólo se

exponen teorías, y no se ven más que ejemplos de gente que está continuamente exigiendo, imponiéndose, sin sospechar que esta actitud de falta de respeto y de violencia, es la que les cierra todas las puertas.

Para encontrar la verdad hay que ser humildes; y ser humildes es, en primer lugar, dejar de mostrarse tan exigentes con la naturaleza, con los humanos, con el Creador. "Sí, diréis, ¡pero tenemos necesidades!" Pues bien, hablemos de estas necesidades. Estudiad un poco lo que vuestro interior os reclama. ¿De dónde viene esta voz que reclama la facilidad, el bienestar, los placeres, y que rechaza los esfuerzos, las molestias, las obligaciones? Es la voz de la naturaleza inferior. Pero, precisamente, ¿acaso sois vosotros, en verdad, la naturaleza inferior?.. No.

La naturaleza inferior forma parte del hombre, pero no es el hombre mismo. Es como una materia sobre la que el hombre debe trabajar para alimentar su naturaleza superior, que es inmortal, eterna. Y, con esta naturaleza superior es con la que hay que identificarse. Mientras el hombre se confunda con su naturaleza inferior, se identificará con ella diciendo:

"Soy yo el que desea esto, soy yo el que desea aquello, soy yo el que está herido, soy yo el que sufre... ", y sin embargo continuará afirmando por todas partes: "Busco la verdad, busco, busco", y no la encontrará. Para conocer la verdad, debe identificarse con la luz, con la nobleza, con la incorruptibilidad de la naturaleza superior.



Centre **OMRAAM**  
*Institut Solve et Coagula*  
 Reus  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
 Primer Centro  
 De difusión de la obra  
 Del Maestro OMRAAM  
 En lengua Española

## II

### **LA VERDAD, HIJA DE LA SABIDURIA Y DEL AMOR**

La mayoría de los hombres tienen una curiosa manera de explicar cómo esperan encontrar la verdad. Hablan de ello como si un día fuesen a encontrarse con la verdad en persona, y que ésta les fuese a decir: "Soy la verdad. Por fin me has encontrado. Así que, escúchame bien: de ahora en adelante, debes pensar esto, debes hacer aquello..." Pero no, las cosas no suceden así.

Para comprender bien como se presenta esta cuestión de la verdad, hay que empezar por estudiar la estructura psíquica del hombre. Esta se basa en tres factores fundamentales: el intelecto, que le permite pensar, el corazón, que le permite experimentar sentimientos, y la voluntad, que le permite actuar. La voluntad nunca actúa sin móviles, sino bajo el impulso de los pensamientos y de los sentimientos.

Observaos: es porque tenéis pensamientos y sentimientos con respecto a las cosas y a los seres que vuestra voluntad se pone, o no, en movimiento. Para decidirse a trabajar bien, no basta con pensar que trabajar es útil, hay que amar también este trabajo. Si os encontráis con un hombre herido, o en la miseria, para decidir os a ayudarlo no basta con pensar que lo necesita: es preciso que también experimentéis un sentimiento de simpatía hacia él. Y el que se lanza sobre su vecino para aplastarlo, no se ha contentado con pensar: "Es estúpido, es malo"; ha tenido que sentir, también, exasperación, cólera, u odio. Los ejemplos son innumerables. Toda nuestra vida cotidiana está hecha de actos inspirados por nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. El

factor pensamiento y el factor sentimiento intervienen más o menos, según los casos, pero siempre intervienen.

Podemos decir, pues, que los actos son testimonio de los pensamientos del intelecto y de los sentimientos del corazón, que son sus hijos, y, según la calidad de estos pensamientos y de estos sentimientos, los actos realizados por la voluntad son buenos o malos. Serán buenos en tanto en cuanto el intelecto esté inspirado por la sabiduría y el corazón por el amor. El intelecto tiene como ideal manifestar la sabiduría; el corazón, manifestar el amor; y la voluntad, que se deriva de ellos, manifestar la verdad. Lo que significa que, en la medida en que los pensamientos de vuestro intelecto tiendan hacia la sabiduría, y los sentimientos de vuestro corazón hacia el amor, estaréis en la verdad. Sí, éste es el secreto de la verdad; es simple.

Se han dado toda clase de definiciones sobre la verdad que no han hecho más que embrollar la cuestión. Es imposible definir lo que es la verdad, porque no existe como tal; únicamente existen la sabiduría y el amor. ¡Cuántos se creen estar en posesión de la verdad! Es fácil tener estas pretensiones, pero cuando se les ve actuar, ¡ay, ay, ay!.. Porque, precisamente, lo que ellos llaman su verdad, no está inspirado por la sabiduría y el amor. Es el comportamiento de un ser lo que revela si posee la verdad, y no las teorías y las elucubraciones que expone a los demás. Lo que es extraordinario, es que los humanos hacen de la verdad una especie de abstracción, cuando, por el contrario, ésta aparece reflejada en su forma de ser y de manifestarse diariamente.

De ahora en adelante, pues, debéis absteneros de decir que buscáis la verdad y que no la encontráis, porque no hay nada que buscar, ni nada que encontrar: lo único que hay que hacer es progresar en el amor y en la sabiduría. Y también debéis abandonar la pretensión de que poseéis la verdad. Esta pretensión

tampoco es válida: si poseéis el amor y la sabiduría, aunque no digáis nada, poseéis la verdad, y todo el mundo la percibirá. Quizá esta imagen os sorprenda, pero podemos decir que la verdad es comparable a una medalla con dos caras: la una es el amor, y la otra la sabiduría. Nunca encontraréis la verdad como un elemento aislado, porque no puede concebirse independientemente del corazón y del intelecto. Vuestro amor y vuestra sabiduría son los que os mostrarán la verdad.

Si hay ahora tantas "verdades" diferentes y contradictorias que circulan por el mundo, es porque ello refleja la deformación del corazón y del intelecto de los humanos. Cuando alguien os dice: "Para mí la verdad es...", se trata de su verdad, y esta verdad habla de su corazón y de su intelecto, que son insuficientes, deformados o, por el contrario, muy elevados. Si la verdad fuese independiente de la actividad del corazón y del intelecto, todo el mundo la hubiera descubierto. Sin embargo, no es éste el caso, lo sabéis bien, todo el mundo descubre verdades diferentes, salvo aquellos que poseen el verdadero amor y la verdadera sabiduría. Estos han descubierto la misma verdad; por eso todos ellos, en el fondo, hablan el mismo lenguaje.

Todo depende, pues, del desarrollo armonioso del corazón y del intelecto, y, más allá todavía, del alma y del espíritu. Si el hombre no permanece vigilante, se alejará de la verdad. Escribirá libros para exponer su punto de vista, arrastrará a la gente, y será sincero, sin duda, pero no poseerá la verdad; porque la sinceridad es una cosa, y la verdad, otra. Podéis ser sinceros sumidos en los peores errores, y no hay que tomar la sinceridad como pretexto para justificarse.

Si la verdad sigue siendo una cuestión tan oscura, es porque la consideramos como una abstracción.

Sin embargo, la verdad es el mundo en el que estamos sumergidos, y permanecemos conectados con ella, unidos a ella, sin posibilidad de separación. Vivimos en la verdad, la saboreamos, la respiramos, y hay que abandonar la idea de que nos vendrá del exterior. Lo que nos puede venir del exterior son solamente los encuentros: los seres, los objetos, los libros, las obras de arte, cuyo contacto despierta en nosotros una intuición de la verdad. Eso es todo. Por eso, decir: "Voy a buscar la verdad" es la mejor forma de no encontrarla. Porque en la tierra no podemos encontrarla, y aquél que espera encontrarse con algo exterior sobre lo que pueda decir: "He ahí la verdad", se equivoca. Sólo podemos acercarnos a la verdad estudiando y tratando de manifestar el amor y la sabiduría.

Ahora, si me habéis comprendido, debéis analizaros: "Veamos, ¿cuál es la naturaleza de mis sentimientos? ¿Es el verdadero amor?.. Y mi pensamiento, ¿cómo considera las cosas? ¿Sigue, acaso, el camino de la sabiduría? ¿No se habrá introducido en él algún elemento que pueda inducirme a error?" Cada vez que introducís en vuestros pensamientos y en vuestros sentimientos los elementos del amor y de la sabiduría, realizáis la verdad. Cada vez, pues, tocáis cierto aspecto, alcanzáis cierto grado de la verdad, y estos aspectos y grados son infinitos. Hay que encontrar, pues, la verdad, y, al mismo tiempo, seguir buscándola, es decir, hay que consagrarse, de una vez por todas, a estos dos principios irrefutables del amor y de la sabiduría, y, al mismo tiempo, hay que seguir buscando siempre las formas más convenientes para aplicar estos dos principios.



Centre **OMRAAM**  
Institut Solve et Coagula  
Reus  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)



### III

## **LA SABIDURIA y EL AMOR: LUZ Y CALOR**

Cuando la sabiduría y el amor se unen, nace la verdad, es decir, una vida más plena, más intensa, que, como el agua, regará todas las semillas de vuestra alma para producir gran abundancia de flores y de frutos: pensamientos luminosos y sentimientos cálidos.

La sabiduría representa el principio masculino y el amor el principio femenino. El amor tiende hacia la sabiduría, y la sabiduría tiende hacia el amor. Sabiduría y sabiduría se repelen, amor y amor se repelen también. Esta es una realidad que también hay que tener en cuenta en las relaciones humanas. Muchos lazos se rompen porque las dos partes son, o demasiado reservadas, o demasiado apasionadas. Para que una relación sea duradera, es preferible que ambas partes tengan temperamentos complementarios.

En el plano físico, la sabiduría y el amor están representados por la luz y por el calor, con los que tienen grandes similitudes. Igual que la luz, la sabiduría tiene la capacidad de concentrarse en puntos ínfimos; e, igual que el calor, el amor tiene la capacidad de dilatarse en el espacio. Cuando veis a alguien por primera vez, como no le conocéis, no tenéis ningún motivo para amarle, y es entonces vuestro intelecto el que reacciona y el que empieza a mirarle detalladamente: sus ojos, su nariz, su boca, sus gestos, su profesión, sus ingresos... Mientras que, si se trata de alguien a quién amáis, no analizáis estos pormenores; le amáis tal como es, aceptáis todo su ser, vibráis al unísono con él. Y, aunque cometa algunos actos censurables, como le amáis, le perdonáis; sus faltas son detalles a los que no dais importancia. Pero, el día en que



dejáis de amarle, la más mínima falta es puesta de relieve, subrayada, examinada cuidadosamente.

¿Queréis un ejemplo? Un químico, o un biólogo, están trabajando en su laboratorio; está ahí, concentrado en unas moléculas de gas, o en unas células extraídas de una planta o de un animal. Toda su atención está absorbida por ínfimas partículas de materia. Pero este eminente investigador está enamorado. Cuando, por la tarde, deja su laboratorio, piensa que va a ver a su amada, y, entonces, el cielo estrellado que se extiende sobre su cabeza, no le parece lo suficientemente vasto para contener su amor, ni todas las flores le bastan para expresar todas las gracias que le ve, y desearía ofrecerle todos los palacios y los tesoros de la tierra. Pero he ahí que, un día, las cosas se estropean: con el tiempo, el sentimiento se ha debilitado y su bien amada ya no le parece tan encantadora. Entonces, sus miradas se concentran, de repente, en los más mínimos hechos y gestos para criticarlos: "Has llegado tarde; no me has lavado la camisa; has extraviado de nuevo mis gemelos; has puesto demasiada sal en la sopa; te has olvidado de comprar el periódico..." ¡Se diría que todos los microscopios de su laboratorio están ahí para amplificar cientos y miles de veces los detalles más insignificantes!

De esta forma, el calor que dilata el corazón, ha sido reemplazado por la luz, que pone de relieve las más pequeñas cosas. Pero, ¿qué luz? En todo caso, no se trata de la luz espiritual, sino de luz corriente que está conectada con la electricidad. ¿No se dice, acaso, cuando va a estallar una disputa, que hay "electricidad en el aire"? La electricidad, convenientemente utilizada, puede dar luz, pero la electricidad no es luz.

Y, de la misma manera que la electricidad está conectada con la luz, el magnetismo está conectado con el calor. El calor

dilata, y el magnetismo atrae: uno y otro se manifiestan mediante una expansión, un aumento de los volúmenes y de las formas. Esto es tan cierto en el plano físico como en el plano psíquico. Una persona cálida y magnética produce una impresión de dilatación y ejerce una atracción sobre todos los que la rodean. Mientras que la luz y la electricidad en un ser producen efectos inversos. La mayoría de los seres, se sienten poco atraídos hacia aquél que posee la luz, el saber, porque se sienten inferiores, tienen miedo de ser juzgados y prefieren mantenerse apartados. En cuanto a aquél que está demasiado cargado de electricidad, evidentemente, repele a los demás.

Ahora os corresponde a vosotros comprender cómo debéis utilizar el amor (el calor y el magnetismo) y la sabiduría (la luz y la electricidad). El amor atrae, y la sabiduría desata. La sabiduría os permite distinguir el bien del mal y rechazar este último. Pero si utilizáis siempre la sabiduría, ni siquiera vuestros amigos permanecerán mucho tiempo a vuestro lado. La sabiduría brilla, desde luego, pero es fría, ya los hombres no les gusta demasiado permanecer junto a una luz fría. Por eso los sabios son, a menudo, solitarios, mientras que los menos sabios, pero cálidos, están rodeados de amigos. ¿Qué hacer entonces?.. ¿Hay que decidirse, acaso, a desdeñar la sabiduría para no quedarnos solos? No, claro, porque entonces corréis también un peligro: el de ser invadidos e inmovilizados. La dificultad se encuentra, precisamente, en aprender a armonizar ambas corrientes en uno mismo: saber cuándo es deseable manifestar el amor, y cuándo la sabiduría.

Ya os expliqué cómo ha resuelto este problema el agua, que está continuamente subiendo y bajando entre la tierra y el cielo. Sube para cultivar la sabiduría, y baja para manifestar el amor.

Sube para recibir las bendiciones del cielo, y baja para transmitir estas bendiciones a la tierra. Tomar y dar, recibir y

transmitir, he ahí la verdad, el cumplimiento de la voluntad de Dios.

En los tres primeros versículos de la oración dominical: "Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", encontramos una aplicación de lo que os explico concerniente al amor, la sabiduría y la verdad.

"Santificado sea tu nombre": la santificación es un acto unido a la sabiduría, a la luz. La luz es la que santifica e ilumina las obras de Dios. Si nuestra comprensión es justa, santificamos todo aquello a lo que nos acercamos. Y ¿por qué debemos santificar el nombre de Dios? Porque el nombre es una síntesis de todos los elementos. El nombre de Dios encierra, comprende, todas las formas, todas las existencias.

"Venga a nosotros tu reino": el reino de Dios es el amor perfecto. No existe verdadero reino fuera del amor: éste es el que asegura la cohesión de todas las partes. Un reino sin amor se disloca. Para los Iniciados, el amor no es un sentimiento efímero, sino un estado de conciencia estable, ininterrumpida, en el que nos sentimos en armonía con todo lo que existe.

"Hágase tu voluntad": aquél que, gracias a la sabiduría, ha llegado a santificar el nombre de Dios en él, y, gracias al amor, ha llegado a establecer su reino, necesariamente hará su voluntad. Hacer la voluntad de Dios es estar en la verdad.

Todos los cristianos recitan esta oración; ciertamente que es la que recitan más a menudo, pero sin conseguir captar, la mayoría de las veces, su profundidad. Así que vosotros, al menos, cuando la recitéis, sed conscientes de lo que decís.

Os daré, incluso, un ejercicio para practicar. Sentaos tranquilamente poniendo vuestras manos sobre las rodillas.

Inspirad durante seis tiempos, diciendo: "Dios mío, que tu nombre sea santificado en mí". Retened el aliento (también durante seis tiempos) y decid: "Que tu reino se instale en mí"; y finalmente expiradlo (otros seis tiempos también) diciendo: "Que tu voluntad se cumpla a través de mí"... Repetid este ejercicio cuatro o cinco veces por día durante algunas semanas, y os daréis cuenta de que algo dentro de vosotros se ilumina, se ensancha, se serena. Desde hace veinte siglos, millones y miles de millones de cristianos han recitado esta oración, y aunque no fuesen demasiado conscientes de su significado, han hecho de ella una fórmula viva en el mundo invisible, un depósito de fuerzas acumuladas. Y vosotros, a la repetida ahora conscientemente, os conectáis con este gran depósito y atraéis hacia vosotros todas estas energías benéficas para continuar mejor vuestro trabajo.

Meditad sobre la sabiduría, que se ocupa de las pequeñas cosas, y sobre el amor, que se ocupa de las más grandes. La sabiduría sólo afecta a mínimas partículas dentro de nosotros. Nunca se ha visto que la sabiduría haya producido grandes conmociones en un ser. Mientras que el amor transforma inmediatamente el comportamiento y, a menudo, la apariencia física. Las más grandes transformaciones en el mundo sólo se pueden hacer con el amor y no con la sabiduría. La sabiduría está ahí solamente para orientar, pero el amor es el que realiza.



*Centre OMRAAM*  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## IV

### **EL AMOR DEL DISCIPULO, LA SABIDURIA DEL MAESTRO**

La mayoría de las veces, adquirimos el saber en la soledad. La lectura, la reflexión, la meditación, todas las actividades mentales, en general, no exigen la presencia ni la participación de los demás, e incluso, a veces, ésta es un obstáculo. Por contra, la presencia de los demás nos incita a extraer de nosotros lo que sabemos a fin de transmitírselo; es esta presencia la que suscita en nosotros el deseo de comunicar.

Pero el deseo de comunicar sólo puede realizarse si se cumple, al menos, una condición: que el que recibe el conocimiento se muestre atento, receptivo, que manifieste su confianza con respecto al que está dispuesto a instruirle. ¡Cuántos profesores se enfrían en su deseo de transmitir su saber a causa de la actitud de los alumnos y de los estudiantes! Su desatención, sus miradas críticas, quizás no sean obstáculo para seguir dando el curso, pero les impiden profundizar el tema tratado y dar lo mejor de sí mismos.

Por contra, puede suceder que, después de una noche de insomnio, un profesor, cansado y preocupado, se sienta poco dispuesto a dar su clase, pero he ahí que, al entrar en la clase, se encuentra con unos alumnos tan abiertos y receptivos que inmediatamente se siente reanimado, estimulado, inspirado.

Son éstas unas experiencias que todos los instructores han realizado, los profesores y también los Maestros espirituales. Cualesquiera que sean las buenas disposiciones de un instructor, éstas no suponen más que la mitad de las condiciones que se necesitan para que pueda comunicar su saber. Corresponde a los

estudiantes, a los discípulos, poner la otra mitad, cuidando de mantener una actitud receptiva, cálida.

Ved cómo volvemos a encontramos, una vez más, con el corazón y el intelecto. El corazón es el alumno, o el discípulo, que se abre para recibir el saber del instructor, el intelecto. El corazón es la antesala del intelecto, le prepara, le sitúa en buenas disposiciones, y nos conduce hacia él como hace un sirviente con su amo. Hay que ganarse, pues, al corazón para poder llegar al intelecto. Para tener una entrevista con un personaje importante, debemos pasar por su secretario. De la misma manera, para tener una entrevista con la sabiduría, ¡debemos pasar primero por el amor! Para poder acercarnos a los grandes misterios, tenemos que abrir nuestro corazón.

Al intelecto no le gustan los besos y las caricias, prefiere las discusiones, las objeciones, debatir las ideas, porque éstas le obligan a desarrollarse. Si calentáis el intelecto, éste, en vez de ponerse a trabajar, se duerme; mientras que el frío, las sorpresas y los obstáculos que hay que vencer le convienen. Las dificultades, las pruebas, os zarandean y os obligan a reaccionar; ésta es su utilidad: os hacen reflexionar y aumentan vuestra sabiduría. En cuanto a los acontecimientos agradables, influyen en vuestro corazón, predisponiéndole a ser generoso, amante, cálido, porque lo que es cálido tiene tendencia a dilatarse, a abrirse. Es importante que os encontréis bien dispuestos, y el corazón es el que os ayudará a ello. Es preciso, pues, ganarse el acuerdo del corazón para llegar al intelecto; primero hay que poseer el amor para ir hacia la sabiduría. La sabiduría se obtiene a través del amor.

Cuando el Maestro les desvela a sus discípulos las realidades del mundo espiritual, sus tesoros, sus misterios, arranca algo de su alma, de su vida, para dárselo. Y si no siente que entre

los asistentes hay una expectación, un interés, un respeto, o una admiración para con este saber que quiere revelar, algo se cierra en él.

El amor del discípulo debe unirse a la sabiduría del Maestro, y de la unión de este amor y de esta sabiduría nacerá la verdad. El Maestro no tiene necesidad de vuestra sabiduría -¡Que, por otra parte, seríais incapaces de darle!- pero necesita vuestro amor. Su papel no es el de amaros, sino el de iluminaros, ya vosotros os corresponde darle vuestra confianza y vuestro amor, porque éstas son las mejores condiciones para recibir su sabiduría. Es sencillo: el discípulo ama a su Maestro, y el Maestro ilumina a su discípulo. Si hacéis lo contrario, permaneceréis durante mucho tiempo en la oscuridad.

Me diréis que, cuando se habla de los Maestros espirituales, se destaca siempre su amor. Sí, claro, porque para querer ayudar e instruir a los humanos, hace falta amarles. Pero este amor del Maestro es de otra naturaleza. Es un amor iluminado por su sabiduría, lo que, por otra parte, el discípulo no siempre comprende; le gustaría que su Maestro le sonriese y le dijera palabras amables sin cesar. Y cuando, para bien del discípulo, el Maestro debe mostrarse severo y zarandearle, aquél se entristece y se rebela, pensando que su Maestro no le tiene amor; no comprende que el amor del Maestro debe ir acompañado de un cierto rigor.

En la vida de un ser humano, encontrar a un verdadero Maestro y convertirse en su discípulo es una bendición, siempre que encuentre la actitud idónea y sepa amarle. Porque, con su amor, el discípulo influye en su Maestro. ¡Sí! Todos los seres están conectados y se influyen mutuamente. El Maestro influye en el discípulo, pero el discípulo influye también en su Maestro. El



amor sincero y desinteresado del discípulo hace crecer la sabiduría en el Maestro.

En cualquier escuela, el profesor instruye más fácilmente a los alumnos que tienen un gran deseo de aprender. Se ocupa de todos, claro, pero, los alumnos atentos, ávidos de saber, aumentan sus inspiraciones y le estimulan. En todas partes rige la misma ley: el amor hace nacer la sabiduría, y la sabiduría inspira al amor. Hay reciprocidad. Ambos son necesarios para alcanzar la verdad.



*Centre OMRAAM*  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*



## V

**EL NUCLEO DE VERDAD**

Tomad una fruta y observad cómo trabaja la naturaleza ... Todas las frutas tienen una envoltura más o menos espesa y dura que denominamos, según los casos, piel, corteza, cáscara ... A veces, la podemos comer, pero en general la tiramos. Después de la envoltura, encontramos la pulpa, que comemos, y, después, en el centro, el hueso o las pepitas, que también tiramos la mayoría de las veces, pero que, si los plantamos, aseguran la reproducción de la especie. El fruto está, pues, construido según el modelo de la célula: una célula está constituida por una membrana que limita y contiene, como si fuese una pequeña bolsa, la materia líquida, el citoplasma; y, en el centro, se encuentra el núcleo.

Por todas partes, dondequiera que miréis, en la naturaleza, en el hombre, en la familia, en la sociedad, en el universo, constataréis esta división en tres. Lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande están contruidos según el mismo modelo: el de la célula. Simbólicamente, la membrana corresponde al plano físico, el citoplasma, al plano astral de los sentimientos, y el núcleo, al plano mental del pensamiento.

Volvamos al fruto y veamos cómo podemos interpretar estos tres elementos: piel, pulpa y hueso. La piel, que envuelve al fruto y lo protege, corresponde al plano físico; la pulpa, en donde circulan las corrientes de vida, corresponde al mundo psíquico; y el hueso, que asegura la reproducción del fruto, corresponde al mundo espiritual. Transpongamos ahora estos tres elementos a la vida espiritual: la piel del fruto es la sabiduría que protege, retiene, preserva; la pulpa del fruto es el amor, porque el amor es lo que se come y mantiene la vida. En cuanto al hueso que

plantamos, representa la verdad, porque únicamente lo que es verdadero es capaz de perpetuar la vida.

Si os muestro un fruto, ¿podéis acaso decir que lo conocéis? Hasta que no hayáis profundizado en las tres partes que comporta, no podréis conocerlo. Así pues, ¿qué debe hacer el discípulo? Después de haber quitado la piel y comido la pulpa, debe plantar el hueso (o las pepitas), y así tendrá la posibilidad de conocer la verdad.

Si le pedís a un Iniciado que os revele la verdad, no os dará explicaciones complicadas y abstractas. Os ofrecerá un fruto para que os lo comáis. Os comeréis el fruto, pero ¿Qué haréis con el hueso? ¿Lo tiraréis? ¡Pero si es el hueso el que contiene la verdad! Todo el fruto, todo el árbol están resumidos en el hueso. Para conocer los secretos del hueso, hay que plantarlo en la tierra y esperar, observando cómo el sol y el agua trabajan sobre él para que crezcan las hojas, los tallos, las ramas. De este pequeño hueso surgirá un gran árbol. Y solamente entonces sabréis la verdad que contenía.

La mayoría de los humanos no conocen de la vida más que la piel, la corteza. Algunos tratan de saborear su contenido, pero esto aún no es suficiente: hay que plantar el hueso y ver lo que de él puede salir. Es decir, ante todo acontecimiento, debéis reflexionar y preguntaros: "¿Hay algo que debo tirar de este "fruto" que recibo? ¿Hay algo de él que debo comer o plantar?" El día en que seáis capaces de realizar correctamente estas tres operaciones, ya no cometeréis más errores.

Por ejemplo, un hombre, o una mujer, os hablan cada día de su amor. Tomáis todas estas palabras y os las coméis, os las tragáis sin hacer ninguna selección, y, algún tiempo después, estáis sumidos en pleno drama. ¿Por qué? Porque no habéis comprendido la lección del fruto. Seguramente que este hombre, o

esta mujer, pusieron unos elementos muy buenos y muy hermosos en su amor y en sus palabras, que podíais comer. Pero, también hubierais debido saber que, viniendo de un ser humano, estas palabras contenían, necesariamente, elementos humanos, demasiado humanos, que debisteis dejar a un lado.

Sí, el amor es un tema muy complejo. En el amor que os ofrecen, hay siempre algunos elementos que debéis rechazar, otros que podéis tomar, y finalmente uno, que debéis plantar en vuestra alma. Por eso, si sois sabios, le diréis a este ser que os ama:

"Espera un poco, antes de darte una respuesta debo plantar primero el hueso. El fruto es succulento, pero quiero conocer el árbol que va a producir". Cuando conozcáis la naturaleza exacta de este amor, podréis pronunciaros sin riesgo para el futuro.

Otro ejemplo. Un hombre de negocios os propone que os asociéis con él: diciéndoos: "En poco tiempo haréis fortuna y seréis alguien influyente". Deslumbrados por estas magníficas promesas os lo tragáis todo: la piel, la pulpa y el hueso, es decir, os comprometéis. Bien, coméis y coméis, y luego tenéis cólicos: fracasos, pérdidas de dinero, incluso la quiebra... El médico -la sabiduría divina- ¡debe entonces recetaros una buena purga! ¿Por qué ha sucedido todo esto? Por vuestra ignorancia. Os ofrecían maravillas, pero escondían algo envenenado. Primero debisteis plantar el hueso para ver lo que de él iba a salir.

La vida nos pone constantemente ante esta pregunta: ¿de qué naturaleza es el árbol que tal o cual hueso contiene en potencia? ¿Qué fruto producirá?

Hay que empezar por reflexionar, en vez de tragárselo todo. Ahí también, pues, conviene aplicar el precepto de Hermes Trismegisto: "Separarás lo sutil de lo denso con una gran

industria". Este precepto se refiere a las operaciones alquímicas, es cierto, pero no únicamente a ellas. Se trata de una regla válida para toda la existencia. En todo lo que vemos, oímos y nos encontramos, hay siempre algo que rechazar, algo que tomar y algo que plantar. Esta regla es válida incluso para lo que yo mismo os digo. Sí, incluso en lo que os digo hay elementos que debéis dejar a un lado, porque serían aún indigestos para vosotros; otros, debéis comerlos, desde luego, y otros plantarlos. Concentraos pues en aquello que comprendéis, y encontrad su hueso a fin de plantado.

Algunos dirán: "¡Pero usted nos habla de plantar, de sembrar, y no tenemos ningún lugar para hacerlo!" ¿Y vuestro cerebro? ¿Qué me decís de él? El cerebro es un terreno, ¡un campo magnífico! ¿Qué creéis que hace un Maestro? Siembra semillas en los cerebros de sus discípulos. A veces, claro, los discípulos se quejan, replican. Pero el Maestro les dice: "¡Sed pacientes! Dentro de algún tiempo saldrá de ahí un árbol de cuyos frutos comeréis; estos os saciarán, os refrescarán, y seréis felices".



*Centre OMRAAM*  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## VI

### **"YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA"**

Se dice en el Génesis: "Después. Dios Eterno plantó un jardín en el Edén, hacia el Oriente, y puso en él al hombre que había formado. Dios Eterno hizo crecer del suelo árboles de todas clases, agradables a la vista y buenos para comer, y el árbol de la vida en medio del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal. Un río salía del Edén para regar el jardín y, desde allí, se dividía en cuatro brazos... " ¿A qué corresponden estos cuatro brazos del río? A las cuatro corrientes que dividen el universo. Son el origen de nuestros cuatro puntos cardinales y tienen un significado mágico.

Simbólicamente, un río, con sus brazos y los afluentes que se le unen, representa las corrientes de la vida. El espacio es atravesado por corrientes de fuerzas y de energías, y nuestro cuerpo, al igual que la tierra, es recorrido por ríos, por riachuelos y arroyos que son las arterias, las venas, los capilares, etc. Para comprender la importancia de este símbolo, no hay que contentarse con mirar a un río que atraviesa una ciudad o un paisaje. Hay que preguntarse de dónde viene este río y a dónde va, hay que pensar en su nacimiento y en su desembocadura.

Jesús dio toda su dimensión espiritual al símbolo del río cuando dijo en los Evangelios: "Yo soy el camino, la verdad y la vida." Quizá vosotros no veáis la relación de estas palabras con la imagen del río. Pero, para un Iniciado, está clara: al oír esta frase, ve un río que desciende de la montaña. El "camino" es el lecho del río; la "vida" es el agua que discurre por este lecho; la "verdad" es la fuente de la que brota la vida.

Sigamos traduciendo: ¿qué es este camino por el que discurre la vida y que nos permite remontarnos hasta la fuente? Es la sabiduría. Y la vida, es decir, el agua que riega las piedras y las plantas, que da de beber a los animales y a los hombres, es el amor. Esto es, pues, lo que quería decir Jesús: "Yo soy el camino de la sabiduría, yo soy el amor que hace nacer la vida divina y la fuente de la verdad de donde brota esta vida". El agua es siempre el símbolo de la vida, del amor. Todas las energías, todas las fuerzas que circulan en la naturaleza, son representadas como un agua, como un fluido que riega, que abreva, que mantiene la vida.

La imagen de la fuente y del río tiene pues, su correspondencia en el mundo espiritual. Y contiene, también, todo el sentido de nuestra Enseñanza, que está basada en el amor (el agua), la sabiduría (el lecho del río) y la verdad (la fuente).

Las aplicaciones de este símbolo del río se extienden a todos los ámbitos de la existencia. El que quiere ir hacia la fuente, la verdad, debe tomar el camino de la sabiduría. Si la fuente se agota, el río se seca, pero su lecho permanece todavía, como un testimonio de lo que fue. Es un vestigio y, como tal, se convierte en una enseñanza para nosotros; por tanto pertenece al ámbito de la sabiduría. Evidentemente, hay que interpretar aquí la palabra sabiduría en un sentido muy amplio. Igual que el lecho del río, la sabiduría queda, porque es una forma, y la forma es material, se mantiene en el plano físico como vestigios, monumentos, escritos. Aunque el amor, la vida, hayan desaparecido, la forma continúa ahí. Hay casas vacías que han sido abandonadas por sus habitantes desde hace ya mucho tiempo, pero siguen estando ahí. Las rocas, las montañas, están ahí; aunque su alma las haya abandonado, permanecen. Todo aquello que dura y subsiste corresponde al ámbito de la sabiduría. La sabiduría permanecerá durante toda la eternidad a fin de revelar lo que fue y lo que será.

Aquel que desee instruirse, tiene todas las posibilidades de consultar a la sabiduría que sobrevive a todos los accidentes y que se encuentra gravada por todas partes. Cada objeto está obligatoriamente marcado por la sabiduría y lleva su sello, aunque solo se trate de pobres vestigios. Los arqueólogos se esfuerzan por recuperar la historia de los hombres reuniendo algunos restos dispersos: osamentas, pedazos de sílex, cuencos de cerámica; y cuando lo consiguen, su trabajo es muy instructivo, con muchas cosas que aprender y sobre las que reflexionar.

Pero así como la sabiduría no cambia de lugar, el amor, por el contrario, viaja, no se petrifica en las formas: es un ser vivo, siempre en movimiento, no le podemos fijar, y nunca lo volvemos a encontrar en el mismo sitio. Sólo podemos seguir sus huellas recorriendo los lugares por los que pasó y en los que habitó durante unos momentos. Cuando veis a un hombre, o a una mujer, durante los pocos minutos que permanecéis a su lado, su mirada, su expresión, su sonrisa, os transportan al cielo. Una semana, o incluso solamente un día después, veis de nuevo a este hombre, o a esta mujer, y quedáis extrañados porque ya no sentís nada. Y es que el amor que habíais vislumbrado, ha viajado, ya no está ahí.

El amor es una esencia demasiado sutil para ser aprisionada, mientras que la sabiduría está ahí, inmutable, y si sois capaces de descifrar sus mensajes, siempre la encontraréis. Diréis: "Pero han quemado estos objetos y no queda más que un puñado de cenizas". A pesar de eso, la sabiduría permanece. Tomad estas cenizas y podréis, gracias a ellas, reconstruir toda la historia.

El amor es un ser vivo que no se queda en las tumbas ni en las ruinas. Diréis que hay todavía vida en las tumbas y en las ruinas. Sí, es verdad: serpientes, escorpiones, murciélagos, y toda



clase de vegetales... Pero no os hablo de esta vida. Os hablo de una vida cuyo depositario más sutil es el amor.

El amor es el agua que fluye de la fuente de la verdad. Allí donde no hay verdad, no hay amor. Para encontrar la verdad, hay que seguir el camino de la sabiduría. Pero, para beber esta verdad, para vivirla, hay que poseer el amor. Si solamente seguís el camino de la sabiduría, podréis alcanzar la fuente pero no beberéis de ella. En cambio, gracias al amor podréis beber de la fuente de la verdad sin necesidad de la sabiduría.

Muchos filósofos y sabios dicen: "¡He encontrado la verdad!" Pero están secos, lo que prueba que no la han encontrado realmente. Siguiendo el camino de la sabiduría, pueden encontrar la verdad, quizá sí, pero sólo exteriormente, ya que al no manar su fuente, no han podido descubrir todavía la verdad realmente. Aquellos que poseen la verdad la han obtenido más con el amor que con la sabiduría. Gracias a la sabiduría encontraréis la verdad, pero solamente con el amor la tendréis viva en vosotros. Esta distinción es muy importante porque está sacada del gran libro de la naturaleza.

Yo no invento nada, todo lo que os explico lo encuentro en el gran libro de la naturaleza. Para trabajar con la sabiduría, no estáis obligados a desplazáros, podéis quedaros en una biblioteca con un libro. Pero, para trabajar con el amor, debéis desplazáros: Cuando os citáis con vuestro amado tenéis que salir para reunirlos con él, y también debéis hacerlo si queréis ver el sol, las flores, escuchar a los pájaros, o deseáis ayudar a los desgraciados, o ir a comprar pan. El amor os obliga a desplazáros, porque él mismo se desplaza, tiene la movilidad del agua, y, todos los que lo buscan, deben ir rápidamente allí donde se encuentra en aquel momento.

Si estudiamos la historia de la humanidad, observamos que es comparable a la de la tierra: igual que el agua, el amor se



desplaza. Durante miles de años el agua cubre un continente; cuando se retira, la tierra firme aparece y se cubre de vegetación. Una nueva cultura nace siempre allí donde hay agua en abundancia, es decir, allí donde el amor se manifiesta, porque los espíritus de la luz van siempre a trabajar allí donde hay amor. Cuando el agua desaparece totalmente de una tierra, ésta se seca, muere; pero queda la sabiduría, quedan los vestigios que proporcionarán a los arqueólogos la materia de estudio. Este es el caso del Sahara.

Allí donde hay grandes ríos, hay mucho amor, es decir, una cultura, una civilización. Por eso, si queréis atraer hacia vosotros a los espíritus luminosos para que trabajen sobre vosotros, no permanezcáis secos, porque no vendrán. "Pero, cómo, diréis, "¿no vendrán? ¡Si somos grandes sabios!" Sí, es posible, pero no sois más que vestigios, nada puede crecer. Ante vosotros se contentarán diciendo: "Antaño hubo ahí una gran cultura, un gran centro iniciático, pero ahora se acabó, este lugar está cubierto de arena."

Podemos reencontrar la tumba de Cristo e ir a inclinarnos ante ella, pero no servirá de gran cosa, ¡porque Cristo ya no está en ella! Este río fluye en otra parte, allí donde hay amor. Muchos nos hablan de civilizaciones desaparecidas: es algo muy interesante, pero no es lo esencial. Lo esencial es la vida que fluye hoy. Además, ¿creéis que de entre los cristianos que siguieron las huellas de Jesús en Palestina, habría ahora muchos que le seguirían si volviese? No sólo no le reconocerían, sino que le perseguirían de nuevo y pedirían su muerte.

Es fácil andar por el lecho seco de un río. Más difícil es abrazar la infinita riqueza del agua, que está viva y que no cesa de renovarse; sin embargo debéis buscar lo vivo. Nunca encontraréis la verdad allí donde hay muerte. Si basáis vuestra existencia sobre

valores que se han derrumbado, os veréis, también vosotros, arrastrados hacia el desmoronamiento y la ruina. Vuestra elección es la que determina vuestro destino. Desde el punto de vista mágico, siempre es peligroso vincularse a algo que se ha desmoronado o que ha desaparecido. Caminad, si queréis, por el camino de la sabiduría para llegar a la verdad, pero bebed también del agua viva. Vinculaos con todo aquello que se renueva cada día, con lo que sube, con lo que crece, con lo que es eternamente joven y nuevo. Por eso, debéis poner en vosotros la imagen del sol, siempre vivo. Diréis: "Sí, pero he leído que un día el sol se apagará". No os inquietéis por eso y, mientras tanto, ¡tan sólo ocupaos de tenerlo como símbolo en el centro de vuestra vida espiritual!

Construid, si queréis, vuestras moradas con los materiales de la sabiduría, porque son sólidos, pero poned dentro de ellas una alma viva, porque, si no, pronto percibiréis moho en las paredes. Cuando una casa está habitada, no se estropea tanto como cuando está vacía. La presencia del hombre, su actividad, su respiración, la vivifican. Se dice: "Puesto que alguien se ha cobijado dentro de mí, debo permanecer en pie". Pero si la abandonan, empieza a derrumbarse. Siempre es así. Construid, pues, vuestra casa de acuerdo con las reglas, con la sabiduría como armazón, pero llenadla de amor para conservarla, para consolidarla. Si no hay vida que circule dentro de ella, se desplomará. Aquí tenéis una prueba: cuando el alma abandona el cuerpo del hombre, éste, poco a poco, se descompone. ¿Quién sostenía esta morada? La vida que fluía dentro. Ahora estáis ante un cadáver, y ¿cuál es la verdad de un cadáver?..

Empezáis, poco a poco, a comprender la profundidad de las palabras de Jesús: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Es Cristo mismo quien nos dice: "Yo soy la vida (el amor) que llena el río, y yo soy el camino (la sabiduría) por el cual podéis

remontaros hasta la fuente, (la verdad)". Cada día, esforzaros en beber, con el pensamiento, de este río que viene de las cimas, en abrevaros en la fuente límpida y pura del amor. Al amar, dejáis que esa agua de la vida verdadera se filtre a través vuestro, y que todas las bendiciones del Cielo desciendan sobre vosotros.



*Centre* **OMRAAM**  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## VII

**EL RAYO AZUL DE LA VERDAD**

"Yo he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad", le dijo Jesús a Pilatos que le interrogaba. "Quien quiera que sea, de la verdad escucha mi voz." "¿Qué es la verdad?", preguntó Pilatos. Pero Jesús no respondió. ¿Por qué? Y en el último encuentro que tuvo con sus discípulos. Jesús les dijo: "Tengo todavía muchas cosas que decirlos. Pero no podríais soportarlas ahora. Cuando haya venido el Consolador. El Espíritu de verdad. Él os conducirá hacia toda la verdad". ¡Cuántos esperan encontrar un día a un Iniciado para que les sea revelada la verdad! Se imaginan incluso la escena de forma muy espectacular, con rayos, truenos, los muros trepidando y una voz sobrenatural que les habla. Y que unos segundos después se habrán transformado y andarán definitivamente por el camino del bien. ¡Si fuese tan fácil! Los verdaderos Iniciados nunca hacen revelaciones espectaculares porque saben no solamente cuán difícil resulta desvelar la verdad, sino también que muy pocas personas quieren oírla. Y que incluso las que quieren conocerla, raramente poseen la fuerza para soportarla.

La verdad no es como una píldora que se da a alguien diciéndole: "Tómala!", o una fórmula mágica que transformará instantáneamente su comprensión de las cosas. Un Iniciado revela siempre la verdad, desde luego, pero de esta verdad hay que entender, en primer lugar, las leyes y los métodos que le permiten al hombre hacer un trabajo sobre sí mismo, porque, gracias a este trabajo preparatorio, podrá acceder a la verdad. ¿Qué ocurre cuando no es así? Hay, en primer lugar, aquellos que, independientemente de lo que se les diga, no pueden comprender; y el Iniciado perdería el tiempo con ellos. Después, existen

aquellos que comprenden las cosas equivocadamente y que, inconscientemente, se sirven de esta verdad para hacer daño a los demás o hacérselo a sí mismos. Y finalmente, están aquellos que no aceptan la verdad porque les molesta: se opone a lo que ellos estiman que son sus intereses.

En otros pasajes de los Evangelios, Jesús mencionó las dificultades que encuentra aquél que quiere hacer llegar la verdad a los humanos. En la parábola del sembrador, por ejemplo: "Un sembrador salió para sembrar. Al hacerlo, una parte de la simiente se perdió por el camino: vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en lugares pedregosos en los que no había ninguna tierra: brotó pronto, porque no encontró un suelo profundo, pero cuando apareció el sol, se quemó y se secó por falta de raíces. Otra parte cayó entre las espinas: las espinas crecieron y la ahogaron. Otra cayó en buena tierra, y dio fruto... Escuchad, pues, vosotros, lo que significa la parábola del sembrador. Cuando un hombre escucha la palabra de Dios y no la comprende, viene el Maligno y arranca todo lo que ha sido sembrado en su corazón: este hombre es aquél que recibió la simiente a lo largo del camino. El que recibió la simiente en los lugares pedregosos, es aquel que oye la palabra y la recibe inmediatamente con gozo, pero al no tener raíces, carece de persistencia, y sucumbe a la mínima tribulación o persecución. El que recibió la simiente entre las espinas, es aquél que oye la palabra, pero las preocupaciones mundanas y la seducción de las riquezas ahogan en él esta palabra y la hacen infructuosa. El que recibió la simiente en una buena tierra es aquél que oye la palabra y la comprende".

En otra parte, Jesús dice aún: "No deis las cosas santas a los perros, no echéis vuestras perlas a los cerdos, para que no las pisoteen y, volviéndose contra vosotros, os destruyan". Estas perlas son las verdades que los humanos todavía no están

preparados para recibir. Si se las presentáis, no sólo no las apreciarán, sino que además os atacarán por ello. ¿Cómo os podéis imaginar que basta con que un Iniciado venga a decir la verdad a los humanos para que estos la acepten? La historia nos presenta continuamente casos en los que aquél que osaba traer la verdad era amenazado, atormentado, crucificado. Por otra parte, ¿creéis que si Jesús hubiese respondido a la pregunta de Pilatos: "¿Qué es la verdad?", ello hubiera influido en éste para que no le condenara? Seguro que no, porque no estaba preparado para aceptar la verdad.

No es pues de extrañar que Jesús, que permaneció solamente tres años con sus discípulos dándoles su enseñanza y haciendo milagros ante ellos, les dijese en su último encuentro: "Tengo todavía muchas cosas que deciros, pero ahora no podrías soportarlas... ". Ello prueba que, durante todo el tiempo que estuvo con ellos, les preparó solamente para recibir al Espíritu de verdad

Pero detengámonos por un momento en la última parte de las palabras de Jesús: "Cuando haya venido el Consolador, el Espíritu de verdad, él os conducirá hacia toda la verdad". En esta frase hay una idea importante, ¿os habéis dado cuenta? Y es que para encontrar la verdad hay que ser conducidos, pero conducidos, evidentemente, por espíritus superiores a nosotros, a fin de que puedan comunicarnos sus experiencias y conectamos con la verdad, con Cristo, con Dios mismo. La dirección, el saber, la experiencia verdadera, vienen de arriba. Desde la creación del mundo, los Iniciados, los grandes Maestros, se transmiten siempre el mismo conocimiento: enseñan que, desde el átomo hasta los arcángeles y hasta Dios, la vida es una jerarquía ininterrumpida de seres conectados entre sí, y que cada uno de ellos constituye una parte de este inmenso organismo viviente que es el universo. Todos estamos insertados en alguna parte de esta escala de las

criaturas. Por encima y por debajo de nosotros se encuentran seres que están unidos a nosotros. Lo queramos o no, esta conexión existe; pero lo esencial es que seamos conscientes de ello, y que trabajemos para entrar en contacto con los seres que están por encima de nosotros, y que siempre nos elevarán.

Quien cree que puede limitarse a su experiencia personal sin conectarse con la jerarquía de los espíritus de la luz, seguirá siendo pobre en conocimientos verdaderos. Por el contrario, aquel que aprende en las bibliotecas del espíritu, se hará muy rico. Las verdades que nos salvarán son aquéllas que otros nos han dejado como herencia. Si no poseyésemos amigos arriba que nos regalasen sus riquezas espirituales, estaríamos perdidos. Éste es también el sentido de la frase de Jesús. Pero la verdad sólo se nos revela en proporción al amor que tenemos para con estos seres de luz. Si no les amamos, no les comprenderemos jamás y la verdad no vendrá a habitar en nosotros. La verdad se manifiesta en nuestra vida, en proporción a nuestro amor y a nuestra sabiduría.

"Cuando el Consolador haya venido, el Espíritu de verdad...  
"¿Quién es este Espíritu de verdad? En realidad, hay siete espíritus que están ante el Trono de Dios. \* Son los Espíritus de las siete luces: el Espíritu de la vida, del amor (la luz roja), el Espíritu de la santidad (la luz naranja), el Espíritu de la sabiduría (la luz amarilla), el Espíritu de la eternidad (la luz verde), el Espíritu de la verdad (la luz azul), el Espíritu de la fuerza (la luz índigo), y el Espíritu del amor divino, del sacrificio (la luz violeta). Estos son los siete Espíritus de las virtudes divinas. Cuando el Espíritu de verdad descendió al cuerpo espiritual de los discípulos, hizo prodigios en ellos y a través de ellos, expulsando a los demonios, curando a los enfermos y resucitando a los muertos.



Pero esta promesa que les hizo Cristo a sus discípulos, también nos la hizo a nosotros. Por eso, si queremos ser instruidos y fuertes, debemos pedirle al Señor: "Dios mío, hasta ahora he deseado ser independiente, creyendo que así sería poderoso y rico. Pero me doy cuenta de que, por el contrario, me he debilitado y empobrecido. De ahora en adelante, ya no quiero ser independiente: envíame al Espíritu de verdad para conducirme, a fin de que pueda distinguir lo verdadero de lo falso y evitar los peligros. Inscribe mi nombre en tu gran Libro a fin de que sea tu servidor."

En hebreo, en la Cábala, al Espíritu de verdad se le llama Rouah ha-Emeth. Para entrar en contacto con él, podéis concentraros cada día en la luz azul. Imaginad sus rayos a vuestro alrededor, sentid que os penetran, que os traspasan. Poco a poco, experimentaréis una extraordinaria impresión de paz, porque la paz también está conectada con el color azul. En el seno de esta paz profunda, las pasiones se serenán, os desembarazáis de vuestros prejuicios, de vuestros partidismos y veis las cosas con más claridad. De esta manera, avanzáis por el camino de la verdad.

A medida que aumente vuestra fe en el poder de los colores, obtendréis mejores resultados. Yo mismo he practicado, durante años, esta ciencia de los colores, y he comprendido que el conocimiento de los diferentes rayos y su utilización es un saber superior. Un día, todos se verán obligados a estudiar esta ciencia de la luz y de los colores, que fue la de los antiguos hierofantes. Y también es la de Cristo. El mundo fue creado por la luz, y, por la luz el hombre también puede convertirse en creador. Aunque todas las ciencias llegasen a desaparecer un día, la ciencia de la luz y de los colores, que son virtudes de la luz, permanecería.



Por tanto, trabajad también con los rayos amarillos de la sabiduría y con los rayos rojos del amor, a fin de atraer hacia vosotros los rayos azules de la verdad.



*Centre OMRAAM*  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*

[www.omraam.es](http://www.omraam.es)

*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## VIII

### **VERDAD VERDADERAMENTE VERIDICA**

Basta con que una idea les venga a la cabeza para que la gente crea que se trata de la verdad. Desgraciadamente eso es insuficiente; a los locos también se les ocurren ideas que toman por la verdad. Y, por otra parte, los locos son los que están más convencidos de que han encontrado la verdad.

Pero aquél que quiera, verdaderamente, conocer la verdad, debe tratar de saber cómo la Inteligencia Cósmica ve y comprende las cosas, y sólo lo sabrá observando a la naturaleza. Esto es lo que yo hago. Cuando la naturaleza dice sí, acepto una idea como verdad. Si dice no, la rechazo. No acepto nada sin constatado primero en el gran libro de la naturaleza. ¿Os extraña? Pues bien, no os quedéis extrañados durante demasiado tiempo, antes bien tomad en serio esta idea de que debéis hacer comprobaciones en la naturaleza, es decir, encontrar la confirmación de lo que pensáis en el reino mineral, vegetal, animal, humano, y hasta en las estrellas. Si la naturaleza confirma vuestro punto de vista, un día u otro el mundo entero se verá obligado a aceptado; sí, porque la naturaleza estará ahí para respaldaros. Pero si la naturaleza no está de acuerdo, aunque momentáneamente el mundo entero aplauda vuestras teorías, al cabo de algún tiempo, éstas se desmoronarán, porque la naturaleza no las confirma.

Pero la verdad, no sólo es un problema filosófico, sino también un problema práctico. ¿Por qué? Porque es incompleta en tanto que la limitamos al plano del pensamiento. Para ser completa, debe descender al plano del sentimiento, y más abajo todavía, al de la acción. Teóricamente, intelectualmente, siempre

estamos dispuestos a admitir una verdad, porque, intelectualmente todo es fácil, todo es posible: se trata sólo de teoría, no nos compromete a nada. Por eso una verdad teórica es insuficiente; es preciso que esta verdad descienda al plano del sentimiento y, después, al plano de la acción, es decir, hay que ponerla en práctica. Evidentemente, esto es ya más complicado. Por ejemplo, la mayoría de la gente admite teóricamente que todos los hombres son hermanos. Pero tener para con todos los seres humanos sentimientos fraternales, es ya mucho más difícil. Y lo más difícil del mundo, es obrar fraternalmente, y, aunque desgraciadamente debamos reconocerlo, lo peor realizado. Veis... no basta con reconocer que la verdad existe arriba como principio. Para que una verdad se convierta realmente en verdad para nosotros, debemos conocerla en los tres planos, mental, afectivo y físico. Sólo así se convierte en una "verdad verdaderamente verídica". Puede ocurrir que en un estado de iluminación captéis la verdad: con la rapidez del rayo, algo pasa a través vuestro y conmueve todo lo que, hasta entonces, habían sido vuestras convicciones, vuestra forma de ver las cosas. Sí, pero, aunque sintáis que todo vuestro ser ha sido sacudido por una revelación, ello no quiere decir que ésta haya descendido suficientemente hasta el plano físico como para que podáis manifestar la verdad. Os quedaréis deslumbrados, desvelaréis un misterio, pero esto no basta para decir que habéis comprendido la verdad. Toda clase de indicios en vuestro comportamiento cotidiano prueban lo contrario. Cuando logréis realizar lo que comprendéis, entonces lo habréis comprendido realmente. Sí, lo habréis comprendido tres veces. Es decir, en los tres mundos. Hay que ver claro estos diferentes niveles de comprensión: intelectual, afectivo, físico.

A cuántos les he oído decir: "Lo he comprendido, lo he comprendido..." y a continuación hacían todo lo contrario de lo que, supuestamente, habían comprendido. Sabed que nunca

llegaréis a comprender si sólo os contentáis con aceptar ideas sin trabajar para ponerlas en práctica. Éste es un punto esencial de nuestra Enseñanza: dar prioridad a la realización.

La verdad hay que comerla, beberla, respirarla, a fin de que se haga visible, tangible a través de nuestros actos. Toda verdad que no se realiza, es casi inútil. ¿De qué sirve tener convicciones sublimes si actuamos como animales?

Cuando verdaderamente alimentamos pensamientos justos en nosotros mismos, debemos experimentar la necesidad de conciliar nuestros actos con nuestros pensamientos. Si no ocurre así, es que en realidad no estamos demasiado convencidos. No hay que representar una comedia. Si no realizamos lo que sabemos es porque este saber es incompleto. Es muy nocivo mantener entre los humanos la ilusión de que, en realidad, no es nada extraño que los actos no concuerden con los pensamientos. Por eso, una verdadera Enseñanza iniciática se preocupa de todos los aspectos del ser humano y de las diferentes actividades que les corresponden. La búsqueda de la verdad, que es la razón de ser de la Iniciación, concierne al ser entero, no sólo a sus actividades psíquicas, sino también a sus actividades físicas: comer, dormir, lavarse, caminar, etc.

La comprensión de la verdad no es un asunto de algunas células del cerebro. Para conocer la verdad, el intelecto no basta: es preciso que el cuerpo entero participe, y no sólo el cerebro, sino también el corazón, los pulmones, ¡y hasta los mismos pies! Las más mínimas células deben contribuir al conocimiento de la verdad, a fin de que el espíritu, el alma, absorban los elementos que después comunicarán al cerebro. La verdad sólo puede ser captada con el ser entero. Todo el ser debe estar despierto, vibrar, resucitar.

Algunos me reprochan que deje a un lado numerosos aspectos de la filosofía o de la Ciencia iniciática. Pues bien, que sepan que primero los he apartado voluntariamente para mí mismo. Y, si voluntariamente lo he hecho para mí, no habrá sido para después liar a los demás en estas cuestiones. Sí, leí muchos libros en mi juventud, y más tarde también. Aprender, conocer, saber, no había nada más importante para mí. Me apasionaban los problemas más abstractos de la filosofía iniciática. Pero, poco a poco, bajo la influencia de mi Maestro, Peter Deunov, comprendí que esto no era lo esencial. La cosa realmente más importante en la vida es, precisamente vivir. Y vivir es manifestarse en el plano físico, tener relaciones con los seres y las cosas. Para eso no tenemos necesidad de toda clase de teorías tan abstractas, sino de algunos conocimientos muy sencillos de aplicar.

Debéis vivir los conocimientos para que permanezcan en vosotros durante toda la eternidad. Sí, las únicas cosas que no se borrarán, y que incluso podréis llevaros con vosotros al otro mundo, son los conocimientos, aquellos que vosotros mismos verificuéis en vuestra propia vida, y que se hayan convertido para vosotros en carne y hueso. Por eso, los Iniciados procuran escoger lo esencial y vivido. Y rechazan todo lo demás, sabiendo que, aunque no lo rechacen conscientemente y voluntariamente, se verán obligados, de todas maneras, a dejarlo un día al abandonar la tierra. Así que, también vosotros debéis comprender la utilidad de vivir vuestro saber, de probado, de practicado, hasta sentir que se convierte en vuestra propia quintaescencia. Entonces, no solo nadie podrá quitaros ya este saber, sino que además, cuando volváis a la tierra, lo traeréis de nuevo con vosotros.

No quiere esto decir que no debáis ni leer ni estudiar. Al contrario, es necesario; incluso en una Enseñanza iniciática, debéis empezar por familiarizaros con las ideas. Como todavía no podéis sentir, gustar y vivir las verdades que os presentan, debéis

empezar por conocerlas, por comprenderlas. Pero la diferencia está en que un Maestro espiritual os estimula siempre a hacer hincapié en la vida. Os da materiales, por supuesto; pero estos materiales no debéis guardados en un rincón de vuestra cabeza, hay que empezar a construir algo con ellos. Si no, os veréis obligados a volver a empezar eternamente los mismos estudios y no avanzaréis jamás. Esta es, por otra parte, la laguna más grave que observamos en la gente cultivada: se sirven de sus conocimientos para hablar, escribir, enseñar, pero no para construirse a sí mismos. Por eso, a pesar de todos estos conocimientos, ¡se les siente tan débiles, tan confusos!

¿Comprendéis ahora por qué insisto tanto en que no os contentéis con grabar ideas? Debéis también sentir las, gustar las, y no solamente gustar las sino practicarlas, realizarlas.



*Centre OMRAAM*  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## IX

**SER FIELES A LA VERDAD**

Hay que comprender dónde está la verdad y, una vez que se ha comprendido, hay que serle fiel y trabajar con ella con tenacidad, constancia, paciencia. Si no ¿para qué sirve? No basta con encontrarla y después no hacer nada, o contentarse con predicar lo que creemos haber encontrado; no. Encontrar es un trabajo sin fin, porque en realidad nunca se acaba de profundizar sobre la verdad.

¡Cuántas personas, después de oír una música que les ha conmovido, deciden tocar un instrumento! Se ejercitan unos días y, después, durante toda una semana, abandonan. Algún tiempo después, empiezan de nuevo, durante uno o dos días, y después abandonan otra vez. Y continúan así, hasta que por fin lo dejan del todo. ¿Dónde está su tenacidad? Muchos se quedan maravillados por la verdad, igual que otros por la música, pero su maravilla no dura y abandonan ese camino tan pronto como descubren que es demasiado difícil para ellos. Desgraciadamente, hay que admitir que la constancia y la estabilidad no son las cualidades que más abundan entre los humanos. Pero en la Iniciación, son precisamente estas cualidades las que se le exigen al discípulo.

En el antiguo Egipto, se consideraba que la mayor victoria del Iniciado era poder decir un día:

"Yo soy estable, hijo de estable, concebido y engendrado en el territorio de la estabilidad." La piedra cúbica sobre la que los antiguos Egipcios representaban a sus faraones ya sus dioses, era uno de los símbolos de la estabilidad, porque, con sus seis caras cuadradas iguales, el cubo es precisamente el volumen que



proporciona el asentamiento físico más sólido. Esta posición sentada sobre un cubo, caracteriza el espíritu de la cultura egipcia. Podemos ver la diferencia con la cultura de la India, en la que las divinidades y los sabios son representados, la mayoría de las veces, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas en la actitud que se llama postura de loto, y que expresa, por contra, la receptividad, el sentimiento místico. Los egipcios, en cambio, insistían mucho más en la voluntad, en la actividad, y por eso escogieron esta postura sentados sobre un cubo que les daba la estabilidad y que, al mismo tiempo, les impulsaba a la acción. Cuando nos colocamos sobre una piedra cúbica, somos más dinámicos que cuando nos sentamos en el suelo, con las piernas cruzadas.

Pero no nos detengamos demasiado en esta cuestión de los símbolos, porque se trata de un campo tan vasto y tan complejo que nunca terminaríamos de profundizar en él. Detengámonos en esta cualidad de la estabilidad, que es la esencia de Dios mismo. Dios es, por esencia, inmutable, incambiable; es Amor absoluto y eterno, Sabiduría absoluta y eterna; sus manifestaciones, sus formas, son infinitas, pero su esencia es una e inalterable.

Para el discípulo que ha encontrado el camino del bien y de lo verdadero, es esencial trabajar con esta cualidad de estabilidad. Pero, comprendedme bien, ser estables no significa estar petrificados, ser rígidos, testarudos. No; debéis ser flexibles, abiertos en las manifestaciones, pero firmes en el ideal, en vuestra orientación interior. Ser estable es ser fiel a las convicciones, a los vínculos. El que abandona o traiciona su ideal pierde la confianza de las entidades luminosas del mundo invisible. Estas entidades están siempre dispuestas a sostenemos, a ayudamos, siempre que no abandonemos nuestras convicciones. A aquellos que son inestables, no se les puede confiar la llave de los misterios, esa

llave, precisamente, que lleva el Iniciado egipcio y cuya forma es comparable al símbolo de Venus.

Pero no os gusta mucho oír hablar de fidelidad, de estabilidad, ¿verdad? Es algo aburrido, tenéis necesidad de cambio. Pero ¿quién os dice que la estabilidad y la fidelidad son incompatibles con el cambio? Podemos cambiar todo lo que queramos, siempre que no cambiemos la orientación. A mí también me gusta el cambio, estoy a favor del cambio, de la diversidad, pero no en cualquier lugar y de cualquier manera. Yo estoy a favor de la diversidad exterior, pero de la unificación interior.

Hay que comprender dónde se encuentra la verdad y, después, no desviarse nunca de ella. Aunque no logréis que vuestra conducta concuerde inmediatamente con esta verdad, decíos que esto no es razón suficiente para abandonada. Si vuestra búsqueda es sincera, cualesquiera que sean las dificultades, no debéis ceder para ir en busca de algo más agradable o más fácil. Si en algún momento os veis obligados a relajar vuestros esfuerzos, por lo menos no perdáis de vista la dirección correcta. Que esta fatiga o esta debilidad pasajera no sean un pretexto para cambiar de orientación. Es excusable que estéis cansados -y cuando lo estéis, descansad- pero sin abandonar el camino por el que andáis. Para descansar no es necesario tomar otro camino. Lo más peligroso en la vida es cambiar de filosofía con el pretexto de que somos incapaces de vivir constantemente una vida en consonancia con ella.

Pongamos el ejemplo de alguien que durante años trabaja para un ideal, sabe mostrarse desinteresado, generoso, dispuesto a hacer todos los sacrificios. Pero sabemos lo que sucede en estos casos: siempre hay gente dispuesta a abusar, a mostrarse ingrata, y entonces llega el momento en que la persona siente la tentación

de decirse: "Soy un idiota, soy un primo, hubiera debido comprender de antemano que la vida es una jungla y que, yo también, para triunfar, debí hacer trampas, engañar, no tener escrúpulos. ¡Qué tonto he sido! Pero ahora se acabó, haré como los demás". Pues bien, éste es el peor razonamiento que existe. Comprendo que es doloroso perder las ilusiones, ¿a quién se lo decís?.. Pero, ¿por qué añadir a ello la pérdida de vuestro ideal, es decir, la pérdida de la única cosa que puede, realmente, dar un sentido a vuestra vida? De ahora en adelante, cuando os sintáis decepcionados por los humanos, llorad unos momentos, si no podéis impedido, pero nunca penséis que os habéis equivocado al seguir el camino de la bondad, de la generosidad, del sacrificio, porque éste es el camino de la verdad y nunca debéis abandonarlo.

A veces la vida, ciertamente, nos sitúa en unas condiciones que nos turban y nos desorientan. Y no sabemos qué hacer... Pero no saber qué hacer no justifica que abandonemos lo que sabemos que es la verdad. Al contrario, es entonces cuando debemos aferrarnos a ella más que nunca. No hay que hacerse ilusiones: la vida a nuestro alrededor nunca se ajustará a nuestros deseos y a nuestras necesidades; pero nos corresponde a nosotros adoptar la actitud correcta que nos permitirá encontrar la solución a nuestras dificultades, los remedios a nuestros sufrimientos. Lamentarse continuamente diciendo: "¿Por qué es así la gente? ¿Por qué se me echa encima este problema? ¿Por qué es tan difícil la existencia?" no sirve de nada. No hay que hacerse estas preguntas. Al contrario, hay que preguntarse: "¿Cómo debo comprender lo que me sucede? ¿Cómo puedo utilizarlo? ¿Cómo puedo transformarlo para utilizado en beneficio de mi propia evolución, y para el bien de los demás?"

Estas son las preguntas que debemos planteamos, y entonces avanzamos y nos fortalecemos frente a todas las circunstancias.

Es muy importante adoptar esta mentalidad. Hay que decirse siempre; "Si el mundo invisible, si mi destino me ha situado en semejantes condiciones, no es para hacerme perder el equilibrio, sino para que comprenda ciertas realidades, para que desarrolle ciertas virtudes". Razonando de este modo, nos fortalecemos, y nos volvemos cada vez más estables. Sí, una vez que hayáis comprendido dónde está la verdad, nada debe haceros cambiar de orientación, de opinión. El Cielo no será demasiado riguroso con vosotros porque no podáis manteneros todos los días en la misma armonía, la misma pureza, la misma honestidad, etc. Pero, si un día abandonáis "vuestros primeros amores", si ya no creéis en la armonía, ni en la pureza, ni en la justicia, eso el Cielo no os lo perdonará. El Cielo ama a los seres que, ante las dificultades, son capaces de resistir y de seguir aprendiendo, comprendiendo, utilizando y venciendo, para ir siempre hacia adelante. Esto es lo esencial: aguantar y seguir adelante.



*Centre OMRAAM*  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## X

**"SOBRE GUSTOS Y COLORES ... "**

Invitáis durante unos días a unos amigos en una casa magnífica, y les ofrecéis conciertos, paseos por el parque, comidas deliciosas... Sospecháis que cada uno, según su temperamento, su sensibilidad, saboreará más tal o cual aspecto de esta estancia, pero estáis seguros de que todos apreciarán el confort, los alimentos variados y frescos, la música, los colores, el aire puro, la luz, la compañía de personas agradables. Pero, ¿qué es lo que sucede? Pronto oís toda clase de quejas y de recriminaciones: mi hígado, mi estómago no soportan este tipo de comida, el aire libre me resfría, la luz me irrita los ojos, la compañía de los demás me fatiga, la música me produce dolor de cabeza... Y os quedáis bien preocupados; queríais complacerles a todos y no lo habéis conseguido; ya no sabéis qué hacer ni qué pensar. Entonces, ¿qué decir de toda esta gente? Que, a su manera, todos están enfermos, eso es todo. Y puesto que están enfermos, no hay que fiarse de su opinión.

Es una anécdota que os pongo como ejemplo, y sin duda es un poco exagerada. Pero no tanto: en cualquier caso, podemos afirmar que la mayoría de los humanos, en su vida interior reaccionan como estos enfermos: la sabiduría les aburre, la paciencia les pone nerviosos, la bondad les parece tonta, la justicia exige demasiados esfuerzos, la pureza es sosa. Y sólo

aprecian el amor cuando lo reciben de los demás, o estos se sacrifican por ellos.

Naturalmente, no querrán reconocerlo, sin embargo, la realidad es que las opiniones de los humanos, la mayoría de las veces, vienen determinadas por sus debilidades físicas y psíquicas, por sus necesidades inferiores, por sus pasiones. Y esto también es cierto, desgraciadamente, para los escritores, para los pensadores, para los artistas. Son sus deformaciones, sus vicios, los que determinan su manera de ver las cosas. Presentan su sistema filosófico o su concepción del arte como el resultado de largas reflexiones, y ciertamente son sinceros; pero la realidad es que todas estas teorías no son más que la expresión de sus humores y de sus tendencias más o menos enfermizas o perniciosas. Incluso sorprende constatar que los más convencidos de tener opiniones objetivas y desinteresadas sobre todos los problemas de la vida, son, precisamente, los que están más obnubilados por sus tendencias instintivas.

Además, esta actitud se manifiesta desde la infancia: cuando el niño encuentra que su madre es mala porque no le deja comer todos los bombones, la mermelada y todos los pasteles que le dé la gana; está convencido de que tiene razón. Con los años y, hasta la vejez, aunque los deseos y las necesidades varíen, siguen reflejando las tendencias instintivas del hombre. Podemos incluso decir que la mayoría de las ideologías y de los sistemas filosóficos surgen de las necesidades de los humanos, y a menudo incluso de las más indignas. Tomad, por ejemplo, las teorías sobre la sexualidad: como la mayoría de los hombres y de las mujeres son incapaces de dominarla, los supuestos especialistas han presentado teorías y dado reglas que en realidad no tienen ningún valor objetivo; conciernen solamente a los débiles e ignorantes que no saben ni quieren saber que la fuerza sexual, en vez de ser mal utilizada en los placeres, puede contribuir poderosamente a su

evolución espiritual. Y así sucesivamente para todo lo demás. Por eso es tan difícil instruir a los humanos y conseguir que acepten las verdades iniciáticas.

Diréis: "Pero entonces, ¿cómo es que, por el contrario, en ciertas personas, las verdades iniciáticas produce un efecto inmediato?" Por desgracia no es frecuente, pero es posible: hay personas que, al oír por primera vez verdades del mundo del alma y del espíritu, tienen la sensación de haberlas conocido siempre, cuando unos instantes antes no tenían ni la menor idea de ellas. Es éste un fenómeno psíquico muy interesante en el que vale la pena detenerse.

Antes de comenzar su larga peregrinación lejos de su patria celestial, el ser humano vivía en el seno del Eterno. De este paraíso conservó huellas, como luces extremadamente lejanas. En realidad, esta luz no se ha alejado de él; está en él, en el plano causal. Pero al descender cada vez más en la materia, a través de los planos mental, astral, etérico y físico, en los que cada vez vivió nuevas experiencias, perdió el recuerdo de esta luz. Sin embargo, en el transcurso de sus encarnaciones sucesivas, no todos los humanos han realizado las mismas experiencias, y mientras que algunos se extraviaron por caminos tortuosos y oscuros, otros conservaron en el fondo de sí mismos una conciencia más clara de su origen divino. Por eso, ante ciertas revelaciones de la Ciencia iniciática, dicen: "¡Ah!, yo ya lo sé, esto es la verdad, no puede ser de otra manera." Mientras que aquellos que se dejaron arrastrar por el desorden y el caos, están ahora cerrados a todas estas revelaciones. Para que las acepten de nuevo, deben tratar de volver al camino que va hacia arriba, purificándose, trabajando la calidad de sus pensamientos y de sus sentimientos.



Todos nosotros hemos sido contruidos en los talleres del Señor para comprender y vivir las mismas realidades divinas. Evidentemente, lo que sobre todo observamos son las disparidades, las contradicciones entre los seres, y eso conlleva toda clase de malentendidos y de enfrentamientos. Quedan, claro está, algunas necesidades fundamentales en común (comer, beber, dormir, traer hijos al mundo, etc.) en las que todos están de acuerdo, pero con respecto a lo demás, sucede como en la torre de Babel. Y la mayoría están dispuestos a justificar todo ello diciendo: "Sobre gustos y colores no hay que discutir", e incluso, para mostrarse como grandes eruditos, lo dicen en latín: "De gustibus et coloribus non disputandum". Lo que significa que cada uno está poseído por una locura particular y tiene el derecho a seguir todas las aberraciones que le inspira su locura.

En realidad, los humanos se debaten entre dos posturas contradictorias: la de imitar a los demás o la de mostrarse diferentes a ellos. A menudo, el resultado es que les imitan en aquello que no debieran, y que se oponen a ellos en aquello con lo que, por el contrario, deberían armonizarse. Pues bien, es precisamente en esta actitud de contradicción que nos parecemos más a los demás. Si verdaderamente queréis ser diferentes de los demás, debéis imitar a una pequeña minoría de sabios que sólo trabajan para introducir la paz y la armonía dentro de sí mismos y a su alrededor. Esto es lo que hace el discípulo; y de esta manera, se convierte en alguien muy distinto de la mayoría de la gente, al mismo tiempo que llega a comprender sus sufrimientos, sus enfermedades, sus angustias. Por el contrario, aquellos que se parecen, no se comprenden: sufren de los mismos males, pero sólo se ocupan de sus problemas personales y son incapaces de ponerse en el lugar de los demás. ¿Por qué? Porque han imitado, precisamente, a aquellos que no hubieran debido imitar: a los caprichosos y egoístas.

Todos dicen: "A mi entender, esto es así... En mi opinión, debería ser de esta otra manera..." Muy bien, pero deberían pensar también un poco en la opinión de los demás. Desde su punto de vista, cada uno tiene razón, pero la razón de cada uno provoca el enfrentamiento general. "Así va el mundo", como se dice; y va de pelea en pelea.

Lo más extraordinario es que, al mismo tiempo, la gente se lamenta de que no pueda reinar la paz. Están incluso asombrados: "Pero, ¿cómo es posible que no lleguen a entenderse?"; y acusan a los demás, evidentemente. No comprenden que la causa de ello está en que nunca quieren preguntarse la razón de sus opiniones para ver si verdaderamente están justificadas. Sin embargo, en la vida corriente, no les faltan las ocasiones de constatar cuántos detalles minúsculos desvirtúan sus concepciones y sus juicios. Un resfriado les quita el olfato y el gusto, un dolor de muelas les incapacita para reflexionar, un vaso de alcohol les nubla la vista hasta el punto de que, si conducen un coche, se arriesgan a matarse y a matar a otras personas.

Hay en la vida cotidiana miles de circunstancias físicas, y también, y sobre todo, psíquicas, que nos impiden tener una exacta apreciación de las cosas y de las situaciones. Nos creemos objetivos, imparciales, cuando en realidad dependemos de las condiciones: de la herencia, de la educación, de la posición social, de la gente que frecuentamos, del estado físico o psíquico. Si no habéis dormido bien, o si no habéis comido, todo os irrita; y, en cambio, si sois ascendidos en vuestro trabajo, la vida es bella. Discutís con vuestra mujer, o con vuestro marido, y el mundo entero os parece detestable. Tenéis pruebas de que un hombre es malvado, inmoral, y le juzgáis muy mal, pero he ahí que os hace un regalo magnífico: ¿acaso no va a cambiar vuestra opinión sobre él?.. Es normal que nos sintamos impulsados a juzgar en función de las circunstancias, pero tenemos que ser conscientes de

estos "impulsos" y no ceder ante ellos sin reflexionar. Porque, ¿qué verdad es ésa que depende de unas condiciones y de unos puntos de vista tan personales?

Naturalmente nos vemos obligados a tener una verdad personal, pero sin perder nunca de vista que la verdad no depende ni de las condiciones ni de las personas. Por ejemplo, también tenemos la tendencia de no prestar atención a las palabras de alguien, a no tenerlas en cuenta sino en función de sus títulos o de su rango. Si un pobre os dice una verdad, no le escucháis, mientras que prestáis toda vuestra atención al profesor titulado que os dice la misma verdad, o cualquier cosa de poca importancia.

Sin embargo la verdad tiene su propio valor, y debemos apreciada por sí misma en vez de detenernos en la forma o en los títulos y el rango de quien nos habla.

Una verdad conserva su valor en cualquier boca, lo mismo que una moneda de oro en cualquier bolsillo. Evidentemente, si recibís una moneda de oro de la mano de un rey, ésta representa algo más para vosotros porque ello halaga vuestra vanidad. En realidad, no contiene ni un miligramo de oro de más, pero podéis decir: "¡Me la ha dado el rey!" Y hasta quizá la podáis vender más cara. Lo mismo que se venden más caros los objetos y los muebles que han pertenecido a personajes históricos o ilustres:

Napoleón, Balzac, o Mme de Staël. .. Todo esto no es más que esnobismo. Una verdad científica o filosófica tiene valor por sí misma, aunque no provenga de un Iniciado. Si sois lo suficientemente evolucionados para no deteneros en la forma, prestaréis la misma atención a la verdad que os dice un campesino que a la que os dice un rey.

Deteneos pues de vez en cuando, y preguntaos qué es lo que os hace aceptar o rechazar una idea, una opinión. Tratad de ver cuáles son las tendencias que hay en vosotros que os impiden pronunciaras imparcialmente y no os mostréis siempre tan seguros de poseer la verdad. Mientras que los hombres no se decidan a razonar así y a ser un poco más modestos, seguirán enfrentándose por cualquier motivo. Es preciso que tomen conciencia de todas estas tendencias inferiores que les alimentan opiniones erróneas, porque eso les impide reencontrar esta unidad original en la que todos los seres puedan, por fin, entenderse y comprenderse.

Y, sobre todo, dejad de protegeros tras esta máxima que reza: "sobre gustos y colores no hay que discutir". Por supuesto eso no significa que, con el pretexto de poseer las verdades de la ciencia iniciática, debáis mostraras intolerantes para con los demás y tratar de imponerles ciertas ideas y ciertas reglas. Dejad a los demás tranquilos. Es en vosotros mismos donde debéis desarrollar esta conciencia de que existe una norma para las opiniones y para los gustos. Lo que es bueno y bello debe ser bueno y bello para todos. Solo en lo que se refiere a la cantidad somos libres de tener cada uno nuestros propios gustos, pero en lo referente a la calidad: siempre debemos escoger lo que es puro, luminoso, divino.

Existen una multitud de ángeles y arcángeles en el universo, y nadie os preguntará por qué habéis escogido a tal ángel y no a tal otro, y podréis estar con él tanto como queráis. Pero si, para variar un poco, escogéis a un demonio, porque os parece más original o más picante, entonces, sí: el Cielo os lo reprochará.



[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
Primer Centro  
De difusión de la obra  
Del Maestro OMRAAM  
En lengua Española

## XI

### **MUNDO OBJETIVO Y MUNDO SUBJETIVO**

Por lo general, creemos que los objetos del mundo material son percibidos de forma idéntica por todo el mundo. Naturalmente, ante una sandía, nadie dirá que ve un gato o un piano, pero si puede haber una discusión sobre su color, (sin hablar de los daltónicos, que confunden el rojo y el verde) y, según la talla y el vigor de las personas, la sandía les parecerá más o menos gorda o pesada. Para obtener una verdad objetiva, hacen falta instrumentos: un metro para medir, una balanza para pesar, etc. pero, el propio ser humano no puede ser totalmente objetivo.

Cuando alguien os cuenta un suceso al que ha asistido, esperáis que os haga un relato preciso: que os diga solamente lo que ha visto y oído, sin mezclar en ello sus impresiones personales. Por un lado, tenéis razón, porque si empieza a expresar sus propios puntos de vista, sus sentimientos, sus impresiones, etc., no podréis saber lo que sucedió realmente. Pero, al querer que os relate únicamente los hechos materiales: las palabras, los gestos, el momento, la duración, el lugar, las distancias, como si todo hubiese sido filmado por una cámara, le pedís que os hable sólo de un aspecto de las cosas. El relato será incompleto, y además tampoco se os habrá informado exactamente de la realidad.

La verdad no está únicamente en la forma, en los elementos del plano físico que podemos observar. Está también en el interior

de nosotros mismos y de todo lo que nos rodea, en esta vida impalpable, escondida, que emana de las cosas y de los seres, y que circula, se propaga ... Si no podéis ver ni sentir nada de esta vida para presentarla y explicarla, no diréis totalmente la verdad al afirmar: soy objetivo.

Pero, ¿qué significa "objetivo", y por qué la gente desconfía tanto de la subjetividad?

Al oponer la objetividad a la subjetividad, oponemos el mundo exterior al mundo interior, como si el uno debiera excluir automáticamente al otro. Pero tomemos una imagen para verlo más claro. Imaginaos una gran esfera: un hombre se encuentra en el exterior y otro en el interior. Si le pedimos a cada uno de ellos que se pronuncien sobre la forma de la esfera, evidentemente, el que está fuera dirá que es convexa, y el que está dentro mantendrá que es cóncava. Interpretemos esta imagen: el que está en el exterior es el intelecto, que se dedica a estudiar el mundo objetivo, y el que está en el interior es el corazón, que da preponderancia al mundo subjetivo.

¿Quién posee, pues, la verdad? Pues bien: ambos, un cincuenta por ciento cada uno; pero como ninguno quiere esforzarse por comprender el punto de vista del otro, surgen discusiones y querellas interminables. Hasta que interviene un tercer principio y les explica: escuchad, cada uno de vosotros se encuentra en una situación en la que no puede conocer más que la mitad de la verdad. Para conocer la verdad entera, hay que situarse en el exterior y en el interior a la vez.

Diréis: "Pero ¿cuál es este principio capaz de considerar una situación semejante? Es imposible estar simultáneamente fuera y dentro". Es muy difícil, sí, pero no imposible. Esta facultad la posee la intuición. La intuición, puesto que es a la vez comprensión y sensación, penetra la realidad con una sola mirada.

Ella es capaz de unir el intelecto y el corazón, el pensamiento y el sentimiento, la sabiduría y el amor, a fin de conocer la verdad.

Encontramos la oposición del corazón y del intelecto en las luchas que libran, desde hace siglos, la: religión y la ciencia. El campo de la ciencia es el mundo exterior, objetivo, y el de la religión, el mundo interior, subjetivo. Por "religión" no hay que comprender esa multitud de doctrinas y de ritos más o menos razonables que se han querido imponer a los humanos amenazándoles con los peores castigos si no se ajustaban a ellos. No, la religión, en sentido amplio, es el sentimiento místico auténtico que les da a algunos la certeza de que sólo la vida interior es la vida verdadera.

Naturalmente hay que saber que la exploración del mundo interior es difícil y que no se lleva a cabo sin riesgos. Ahí es donde la Ciencia iniciática es tan necesaria, porque nos enseña que, antes de llegar a las regiones celestiales claras y luminosas de la intuición, el discípulo debe atravesar las regiones oscuras de los planos astral y mental inferiores, en donde se encuentran las ilusiones y los extravíos. Os he hablado a menudo de estas regiones explicándoos que son como zonas de niebla y de polvo. Todas las emociones burdas del corazón son la niebla y todos los extravíos del intelecto son el polvo. Evidentemente, el peligro radica en quedarse ahí, porque el polvo, lo mismo que la niebla, impiden la visión clara. Sólo aquél que se esfuerza por atravesar estas regiones inciertas, llega a alcanzar la cima de la montaña espiritual, el plano causal.

Una enseñanza iniciática, no sólo os instruye sobre la existencia de los diferentes mundos, sino que os proporciona criterios para discernir la calidad de vuestros estados de conciencia, de vuestras emociones y de vuestros pensamientos; y os da métodos para desarrollar los órganos espirituales gracias a



los cuales podréis atravesar la zona de las percepciones ilusorias para alcanzar las regiones del alma y del espíritu. A fuerza de trabajo, de ejercicios, llega un día en el que veis las cosas del mundo psíquico con la misma claridad, con la misma exactitud y precisión que las del plano físico. Y entonces contempláis la verdadera vida, tenéis una visión completa de las cosas y, cuando debéis explicarlas o describirlas, presentáis la exacta realidad, porque no contáis solamente historias personales, ni tampoco consideráis solamente el contorno y la apariencia de las cosas.

Así pues, cuando hablo de la importancia que hay que dar al mundo subjetivo, no digo que haya que abandonar la realidad objetiva para dejarnos persuadir por todo lo que se nos pasa por la cabeza. No, se trata, incluso, de lo contrario. Yo sé, como vosotros, que la subjetividad es generalmente considerada como sinónimo de opiniones personales fundadas en prejuicios, en ilusiones, y que son posibles las peores aberraciones. En un ser que nunca ha realizado ningún trabajo para dominar sus pensamientos y sus sentimientos, el mundo subjetivo es una selva inextricable en la que se pierde. Pero para aquél que, mediante un trabajo asiduo, ha sabido sobrepasar interiormente esta zona, el mundo subjetivo es, al contrario, el de la claridad, el de la certeza. Debemos estar pues muy vigilantes y acostumbramos a examinar nuestros pensamientos y nuestros sentimientos a fin de no extraviarnos.

La mayoría de los humanos desconocen totalmente el mundo psíquico y sus estructuras. Son presa de sentimientos, de sensaciones, de pensamientos, de deseos, que aceptan tal y como vienen, sin plantearse demasiadas cuestiones; no se imaginan que estos fenómenos psíquicos puedan corresponder a unas regiones determinadas, y que sean, de alguna forma, los habitantes y mensajeros de las mismas. Ignoran aún más que, en este terreno, tienen todo un trabajo por hacer. Y así, los unos son víctimas de

sus ilusiones, y los otros, para protegerse de ellas, se aferran al "mundo objetivo", ¡Pobres desgraciados! ¡No es así cómo llegarán a ver claro! No, porque la claridad no está en el mundo objetivo; o, mejor dicho, la claridad sólo está en el hombre, en la medida que este es capaz de proyectar la luz por sí mismo. Si no posee esta luz en sí mismo, este faro, este proyector de su mundo subjetivo, no obtendrá ninguna verdadera claridad en el mundo objetivo. Al mundo objetivo no le ha sido dado tener la luz. Si no hay un haz luminoso que venga de vosotros, el mundo objetivo os seguirá siendo indescifrable.

Sí, hay que reflexionar: sin la vida psíquica, sin la vida subjetiva de los pensamientos y de los sentimientos, ¿qué objetividad puede quedaros? Nada, ni siquiera el mundo objetivo existirá para vosotros. Es gracias a vuestra vida subjetiva que esta vida objetiva, de la que estáis tan orgullosos, puede existir. Si la suprimís, moriréis... y para los muertos ya no hay nada, ni objetivo ni subjetivo; se acabó. Gracias a la vida subjetiva, existe para los vivos algo que llamamos el mundo objetivo, con el sol, las estrellas, los árboles, las montañas. Así pues, al concentraros en el mundo objetivo para resguardaros en él, os alejáis de la luz, os alejáis de la vida, y no encontraréis nunca la verdad.

Ser totalmente objetivos es imposible, porque el mundo objetivo sigue siendo siempre algo exterior a nosotros. Si le decís a alguien: "Sea absolutamente objetivo", es como si le pidieseis que no sea él, y eso es imposible: no podemos dejar de ser nosotros mismos y, por lo tanto, somos siempre subjetivos. No podéis exigir a los hombres que sean objetivos; solamente podéis pedirles que abandonen la subjetividad inferior para alcanzar la subjetividad superior.

Ahora bien, si queréis aferraros al mundo objetivo, sois libres de hacerlo. En él también encontraréis una forma de verdad,

pero limitada. Porque, más allá de lo que vemos y de lo que oímos, se producen muchos otros fenómenos para los que es necesario desarrollar unos oídos, unos ojos y un cerebro superiores.

Hay una verdad viva, rica, para aquel que es capaz de sentir las cosas más allá de las apariencias, y una verdad pobre para aquel que no siente nada. Éste ha cerrado en él las puertas y las ventanas, y su verdad está también cerrada, enclaustrada. ¡La verdad es nuestra verdad! Diréis: "Sí, pero cuando hablamos de la verdad, aludimos a una verdad objetiva que existe independientemente de nosotros". De acuerdo, pero para ser percibida, conocida, esta realidad objetiva pasa necesariamente por nuestra subjetividad; somos nosotros los que la trabajamos y la modelamos añadiéndole o quitándole elementos que nos son propios: no hay más que verdades subjetivas.

¿Cómo es posible, por ejemplo, que los sabios no se hayan puesto nunca de acuerdo sobre la existencia de Dios? Sí, es extraordinario: ahí tenéis a hombres que tienen la misma formación científica, la misma inteligencia, los mismos argumentos materiales para pronunciarse... ¡y se pronuncian de forma diferente! En la riqueza, en la armonía, en la organización maravillosa de la materia, unos sienten la presencia de un Creador al que respetan y adoran, mientras que otros sólo ven una mecánica bien armonizada que atribuyen al azar. Eso prueba sin duda que la realidad material, objetiva, pasa necesariamente por la subjetividad de los individuos.

Diréis: "Pero los sabios materialistas son, por lo menos, honestos: ¡solamente se pronuncian sobre lo que ven!" Llamadle a esto honestidad, si queréis; yo lo llamaría más bien limitación, estrechez de espíritu, porque equivale a pronunciarse sólo sobre las apariencias. Sin embargo, los científicos son los primeros en

saber cuán engañosas son las apariencias. El ejemplo más conocido es el del sol y las estrellas, que dan la impresión de salir y de ponerse. ¡Cuántos, todavía hoy, están persuadidos de que es el sol el que gira en torno a la tierra! Durante siglos, resultó peligroso para los hombres de ciencia afirmar lo contrario: arriesgaban con ello su vida. Acordaos de Galileo...

Para ver la verdad, no debemos limitarnos solamente a lo que se presenta ante nuestros ojos, sino que debemos desplazarnos y cambiar el punto de vista, abandonar el que tenéis sobre la materia y proyectarlo hacia el espíritu. La filosofía materialista, que está fundamentada en el conocimiento que el ser humano puede adquirir de la materia a través de los cinco sentidos, no posee la verdad, porque es la filosofía de las apariencias. Evidentemente, las apariencias tienen su razón de ser, pero no hay que dejarse engañar por ellas. Las apariencias están ahí para hacernos reflexionar y proporcionarnos medios con los que reencontrar el hilo de Ariadna que nos conducirá hacia la verdad. Debemos trabajar, pues, con las apariencias, pero sin dejarnos adormecer por ellas, porque ello supone la muerte espiritual.

He aquí lo que enseñan los Iniciados: cuanto más se eleva el hombre en este mundo subjetivo que es el mundo espiritual, más se ilumina su mirada y más descubre la verdadera naturaleza de las cosas. Se vuelve de una pureza tal, de una transparencia tal que, al atravesar su mundo psíquico, la realidad no sufre ninguna deformación. Su subjetividad y el universo objetivo se confunden, y entonces conoce la verdad. Sólo podemos conocer la verdad si nos despojamos de todos los elementos que actúan en nosotros como prismas deformantes. Son, pues, nuestros progresos interiores los que poco a poco nos permiten descubrir la verdad. Únicamente puede conocer la verdad absoluta aquél que ha alcanzado la perfección. Hasta entonces, chapoteamos en los errores y aproximaciones. Pero todo conocimiento pasa,

necesariamente, por la subjetividad del hombre: su subjetividad es la que ilumina u oscurece la realidad.

## XII

### **LA PRIMACIA DEL MUNDO SUBJETIVO**

Nuestro cuerpo puede desarrollarse gracias a la vida que hay en nosotros que lo penetra y lo anima. Por supuesto, llega un momento en el que dejamos de crecer, pero hasta el final de nuestra existencia, nuestro cuerpo se modifica, porque el principio de vida que hay en nosotros continúa penetrándole. El hombre forma su cuerpo y permanece conectado a él por toda clase de relaciones sutiles que le permiten actuar sobre él. Porque sólo podemos realmente actuar sobre aquello que penetramos: he aquí una ley que nunca debemos perder de vista. Y, como el hombre no ha aprendido a penetrar los objetos de su entorno de la misma manera que penetra su cuerpo, no puede actuar sobre ellos, no tiene relación con ellos.

Esta conexión estrecha que existe entre la vida que hay en nosotros y nuestro cuerpo físico aparece todavía más claramente en lo que se han llamado fenómenos psicósomáticos. Una reflexión que le hacemos a alguien, o un sentimiento que éste experimente, pueden hacerle enrojecer, palidecer, ponerse amarillo e incluso verde. Y reflexionad acerca de los efectos físicos que, en ciertos casos, el anuncio de un suceso trágico o demasiado feliz puede producir en él. Aunque no vea nada de lo que se le anuncia, puede experimentar una emoción tal hasta caer fulminado o perder el conocimiento. Sin embargo, ¿qué es una noticia? ¿Cómo es posible que esta cosa inmaterial sea capaz de trastornar a alguien hasta el punto de hacerle enfermar,

enloquecer, o hasta matarle... o, al contrario, de producir una curación milagrosa?

Una madre está paralizada desde hace años. Una noche, se declara un incendio en la casa. Su hijo duerme en otra habitación. El choque que produce en ella el pensamiento de que su hijo puede quemarse vivo es tan fuerte que se levanta para cogerlo y ponerlo a salvo. Sí, bajo el efecto de su amor, el contacto entre el sistema nervioso y los músculos se ha restablecido de nuevo. Por supuesto que esto ha sucedido muy raramente, pero ha sucedido. Entonces, ¿por qué no estudiar estos fenómenos? Me diréis que se conocen desde hace mucho tiempo. Quizá, pero no se han estudiado lo suficiente como para tratar de utilizarlos a fin de mejorar ciertos estados físicos o psíquicos.

Pero volvamos a esta idea de que podemos realmente actuar sobre aquello que penetramos. Porque ahí se encuentra el misterio de la creación del mundo. Se dice que Dios creó el mundo partiendo de la nada. En realidad, separó, emanó algo de Sí mismo, una quintaescencia que proyectó fuera. Esta quintaescencia se condensó poco a poco para formar lo que llamamos ahora la materia. En este proceso de la creación encontramos de nuevo la cuestión del mundo objetivo y del mundo subjetivo. A fuerza de servirnos de ciertas palabras hemos terminado olvidando su significado original; así pues, subjetivo significa lo que concierne al sujeto, y objetivo, lo que concierne al objeto. Aquí, el sujeto es Dios; incluso podemos decir que El es el único sujeto de la creación, la cual representa, en cambio, el mundo objetivo. Y el hombre, que Dios ha creado a su imagen, es también un sujeto que trabaja sobre la materia para modelarla, para darle forma. No ha creado la materia, claro, pero crea las condiciones de su vida en la materia.



Sé cuán difícil será hacer os admitir esta verdad, porque, para la mayoría de vosotros, son las condiciones materiales las que priman sobre todo. Creéis que lo objetivo determina lo subjetivo, es decir, que vuestros estados psíquicos son originados por los elementos y las condiciones materiales. En apariencia, es verdad; numerosas circunstancias podrían hacer os creer que es verdad, pero solamente porque sólo os fijáis en las consecuencias, sólo consideráis el final del proceso. Para tener una visión precisa de la realidad, hay que recorrer el camino inverso y remontarse hasta la Fuente, porque todo proviene de la Fuente.

El hombre ha descendido a la tierra penetrando en envolturas sucesivas, cada vez más densas, que la Ciencia iniciática ha llamado cuerpos. Empezando por el más sutil, son: el cuerpo átmico, el cuerpo búdico, el cuerpo causal, el cuerpo mental, el cuerpo astral y el cuerpo físico. El cuerpo físico es, pues, la última de estas envolturas. A medida que desciende hacia la materia, el espíritu se va limitando cada vez más, pero es él mismo el que ha aceptado estos límites. Si, al descender, el hombre hubiese sabido mantener la conexión con las regiones superiores, no estaría ahora tan aplastado y disminuido. Se queja de que las condiciones materiales dominan la situación, pero ello es así porque lo subjetivo ha cedido su sitio, y ahora ya no le queda, como vulgarmente se dice, sino comerse la sopa que se ha preparado... o acostarse sobre la alfombra que ha extendido.

Cuando no sabemos ver el verdadero origen de las cosas, no podemos sino sacar conclusiones erróneas. Entonces, si vosotros, que recibís ahora estos conocimientos, tenéis verdaderamente el deseo de transformaros, os daréis cuenta de que lo subjetivo, vuestro espíritu, vuestra alma, vuestro pensamiento, vuestra voluntad, pueden modelar lo objetivo, es decir, mejorar todas las condiciones de vuestra vida. Poco a poco iréis recuperando vuestros primeros poderes, los que poseíais antes de descender a



la materia. Esta es la esperanza, ésta es la salvación. ¿Por qué no comprenderlo?

Tenéis interés en aceptar esta filosofía. Aunque no fuese totalmente exacta, siempre sería más válida que todas esas teorías estúpidas de la ciencia materialista que están basadas solamente en la apariencia de las cosas. Voltaire dijo que si Dios no existiese, ¡habría que inventarlo! Pues bien, yo os digo que, aunque esta filosofía de la preeminencia del espíritu fuese falsa, seguiríais teniendo un enorme interés en adoptarla. Gracias a ella superaréis vuestras debilidades, escaparéis a vuestras dificultades. Podría daros muchos ejemplos, pero con uno sólo basta.

Un buen hombre se construye, en alguna parte, una miserable barraca de adobe, y, evidentemente, como esta barraca es inconfortable, sufre. Pero, ¿cuál es la causa de su estado: lo objetivo, la barraca, o él mismo que se ha metido en estos apuros? Es él mismo, por supuesto, porque por pereza, por incapacidad, o por otra razón, no ha sabido procurarse los medios para vivir en mejores condiciones. "Sí, pero, -diréis- si está limitado hasta este punto, es porque ha nacido en una familia miserable y no ha recibido ninguna instrucción, por tanto, lo objetivo para él es lo determinante." No, esto no es más que apariencia todavía, porque, si encarnó en esa familia, fue porque en una anterior encarnación no hizo nada para merecer algo mejor. Nos vemos obligados a constatar que siempre es lo subjetivo lo que domina y orienta. Y alguien que se casa: algún tiempo después se queja de que la situación es insostenible. Dirán que es lo objetivo lo que le hace sufrir: su marido, o su mujer, su suegra, etc. Pero no, es lo subjetivo, es él mismo el que ha creado esta situación.

¿Habéis visto el cemento? Es un polvo que puede volar al menor soplo de aire. Si añadimos agua (¿y qué hay más fluido que el agua?), la mezcla produce una pasta muy maleable, pero

¡cuidado, no metáis el pie en ella!, porque unos instantes después, éste quedará completamente aprisionado; para sacarlo, tendréis que romperlo todo, y ¿quién sabe si no os lastimaréis? Pues bien, esto es lo que se produce también con nuestro destino. Todas las condiciones de nuestra vida no son sino materializaciones de nuestra vida psíquica, de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos; y si ahora estamos prisioneros, con los pies atrapados en el cemento, ¿de quién es la culpa? Es el hombre quien crea su destino y, una vez que lo ha creado, vive en él, depende de él, está sometido a él. Pero la verdad no está ahí, porque por el hecho de que no pueda retirar su pie, no debemos sacar la conclusión de ¡que es el cemento el que ha creado el pie!

Toda la vida está ahí para mostrarnos dónde se encuentra la verdad, pero todavía no la hemos visto, ni descifrado, y seguimos confundiendo las causas y las consecuencias. Evidentemente, ciertas consecuencias pueden convertirse en causas de otros acontecimientos. Pero no hay que perder nunca de vista que el verdadero origen de las cosas nunca es material, sino que está en el espíritu del hombre mismo. Por eso, en vez de acusar continuamente a las condiciones, a la familia, a la sociedad, al gobierno, hay que decirse: "Pobrecito de mí, si hubiese sido más inteligente, no me encontraría así. Es en tí mismo y no fuera donde debes buscar las causas de las dichas, de las desgracias, de los éxitos, de los fracasos."

Quizá las causas de vuestras dificultades actuales no hayan sido formadas en esta encarnación, sino en otra anterior. Poco importa, lo esencial es que comprendáis que vosotros sois siempre el factor determinante. Mientras neguéis la realidad de vuestra responsabilidad, os labráis vuestro propio fracaso, todo se os escapa. Pero en el momento en que os hacéis verdaderamente conscientes de que todo depende de vosotros, tomáis las riendas de vuestro destino.



### XIII

## **PROGRESO CIENTIFICO y PROGRESO MORAL**

Es comprensible la atracción que puede ejercer el mundo físico. ¡Es tan rica la naturaleza! Desde las piedras hasta las estrellas, hay una infinidad de cosas que observar, que escrutar, que diseccionar, sobre todo hoy en día, gracias a los aparatos tan perfeccionados que tenemos a nuestra disposición. Podemos pasar en ello días y noches, ¡hay materia suficiente para ocupar a millones de sabios hasta el fin del mundo! Pero el Creador, que ha dado al hombre los cinco sentidos como instrumentos para investigar en el mundo físico, le ha dado también otros para explorar el mundo interior.

Y si posee estas dos categorías de instrumentos, es porque tiene necesidad de ellas para tener una visión completa de la realidad. Lo que tiene que hacer es ajustarlas en su interior.

Es cierto que el mundo físico es más fácil de estudiar que el mundo interior. Podemos pesar, medir, dibujar los contornos de cada elemento, y todos coincidiremos en las cifras y las formas, pero tratad de levantar mapas del alma y del espíritu, de medir y pesar estados de conciencia, o de dibujar los contornos de los pensamientos y de los sentimientos!.. Sin embargo, la ventaja del mundo interior es que, precisamente, al no haber en él nada de material, está a salvo de los ataques externos. Nadie puede inmiscuirse en vuestros pensamientos, en vuestros sentimientos, en vuestras creencias. Aunque os priven de vuestros libros, de

vuestros laboratorios, etc.... y os encierren en una cárcel, no os pueden impedir que os sintáis ricos, libres, ni que sigáis reflexionando, realizando experimentos en vuestros laboratorios interiores.

Diréis: "¡Pero el progreso científico es algo importante!" Claro, el progreso científico nos ha proporcionado más confort, más seguridad, más facilidades para desplazarnos y comunicarnos, más medicamentos, unos equipamientos más perfeccionados en las casas, en las escuelas, en las fábricas, en los hospitales... Pero reflexionad y veréis que todos estos progresos sólo conciernen al plano material, y, como sólo conciernen al plano material, en realidad, debilitan al hombre y le atontan, si éste no tiene actividad espiritual para restablecer el equilibrio.

Recuerdo que, unos años después de la segunda guerra mundial, un grupo de lamas tibetanos vino a París; como llegaban de un país considerado como muy retrasado desde el punto de vista técnico, quisieron mostrarles las últimas creaciones occidentales, pensando que se quedarían maravillados. Ante el asombro de los que les guiaban en su visita, no manifestaron ninguna sorpresa, no hicieron exclamación alguna, y cuando les preguntaron su impresión, respondieron que no había de qué maravillarse, porque estas máquinas, lejos de liberar al hombre, iban a esclavizarle. Y ésta es, por otra parte, una cuestión que preocupa, cada vez más, a la gente que reflexiona, porque solo aportan progreso en un solo sentido: el científico, el técnico, es decir, el material. Pero el progreso científico, no solo no conlleva necesariamente el progreso moral, sino que, de alguna forma, supone un retroceso para el hombre, porque éste se ha lanzado en esta vía de exploración y de explotación del mundo físico sin tomar precauciones.

Sí, hay una ley que hay que conocer, y es que todo cambio en un terreno comporta modificaciones en otros terrenos. Y si no tomamos precauciones, mientras haya progresos por un lado, habrá regresiones por otro. Se ha querido reemplazar la religión por la ciencia; muy bien, pero entonces debería haberse dado a la ciencia otra dimensión, debería haberse ampliado su campo de investigación. Nada impedía que la ciencia y la religión fuesen las dos caras de una misma realidad, teniendo una por objeto el mundo exterior y la otra el mundo interior, porque el hombre está hecho para vivir simultáneamente en estos dos mundos. Pero era preciso ser conscientes de este doble aspecto de la realidad y no querer privilegiar uno de ellos a expensas del otro. Sin embargo, esto es lo que han hecho los humanos en el transcurso de los siglos: o bien han negado la ciencia en nombre de la religión, o bien han negado la religión en nombre de la ciencia. No han comprendido que la verdad estaba en el ajuste armonioso de ambas, porque el universo es una unidad.

Ahora debo precisar que, cuando hablo de descubrimientos científicos, no sólo me refiero a los efectuados desde hace un siglo, aproximadamente. Es verdad que hemos asistido a gigantescas transformaciones, pero todo eso era ya conocido desde hace mucho tiempo, e incluso, en ciertas civilizaciones la ciencia estaba mucho más avanzada que hoy. Esta arrastró ya a los hombres a su perdición, y los mismos peligros les amenazan de nuevo.

La historia humana no obedece a un programa de desarrollo regular y continuo. En primer lugar hay que saber que ha habido varias humanidades que, en el transcurso de su historia, han conocido rupturas en su desarrollo. Ciertos fenómenos científicos o técnicos han sido ya objeto de una ciencia, en un momento dado, y después se perdieron en el olvido. Pero no entraré en estos detalles... Os diré solamente, por ejemplo, que algunas

civilizaciones antiguas sabían que la tierra era redonda y que giraba alrededor del sol, y después este conocimiento se perdió siendo necesarios siglos para que se impusiese de nuevo.

Ahora nos encontramos, una vez más, en un período de grandes descubrimientos científicos y técnicos, pero, cualesquiera que sean estos descubrimientos, no hay que contar con que ellos aportarán definitivamente la felicidad a la humanidad. Ni siquiera los investigadores, por excepcionales que sean, encontrarán el sentido de la vida contentándose con la exploración de la materia. Porque el campo en el que efectúan sus investigaciones, lo mismo que sus instrumentos, sus laboratorios, sus objetos de estudio, son exteriores a ellos. Así hemos visto como investigadores que habían hecho descubrimientos fantásticos, y que por ello recibieron incluso el premio Nobel, se hundían interiormente. Si hubiesen conocido la filosofía de los Iniciados y aplicado sus métodos, los descubrimientos que han hecho les hubiesen reforzado e instruido también interiormente. ¡Qué lástima para ellos! ¿Qué sentido tiene hacer descubrimientos que facilitan la vida de los demás cuando uno mismo sigue viviendo en el desasosiego?

Por eso, les digo a todos los investigadores: "Muy bien, adelante, necesitamos vuestros descubrimientos, nos aportáis muchas cosas buenas, que Dios os bendiga, pero, mientras no cambiéis vuestra visión de las cosas, todos los descubrimientos que podáis hacer os dejarán insatisfechos."

Y, lo que es aún más grave, arrastran a toda la sociedad con sus errores. Esta es la triste realidad. En cierta manera, podemos decir que son los científicos los que impiden a la humanidad evolucionar porque están concentrados únicamente en el progreso material, técnico, y han abandonado el progreso psíquico, la mejora del carácter del hombre, su ennoblecimiento. El verdadero

progreso es el progreso moral, y éste es el que buscan los Iniciados y el que han dejado a un lado los científicos. Por eso, un día serán considerados como enemigos del verdadero progreso. Sí, precisamente, tenían una responsabilidad inmensa y no han estado a la altura de su misión.

Debemos reflexionar y preguntamos por todos estos éxitos de los que están tan orgullosos ahora los científicos. ¿Acaso el verdadero progreso consiste en enviar artefactos a otros planetas? ¿Y para hacer qué, en realidad? ¿Para explotar sus recursos e introducir en ellos el mismo desorden que en la tierra? ¿Para qué perturbar todo el universo? Explorar el cosmos, no es en sí malo, pero no hay que hacerlo sin haber comprendido antes ciertas cosas. Los humanos no respetan nada, se creen los amos de la creación, trastornan, saquean, sin saber que esta violencia deberán, un día, pagarla muy cara. Mientras los científicos no tengan otra meta que la de lanzarse sobre la naturaleza para hurgar en ella y explotarla sin considerar los perjuicios que puedan causarle, seguirán estando al margen de la verdad que los Iniciados han descubierto.

Diréis: "Pero entonces, ¿qué hacen ellos para encontrar esta verdad?" Lo cierto es que un Iniciado no estudia cosa distinta del sabio, la realidad es para él exactamente la misma que para todos.

La diferencia - y esto es lo esencial- es que no se detiene en el mundo físico; sabe que cada proceso en la naturaleza posee tres aspectos: físico, psíquico y espiritual, y se esfuerza, pues, para reencontrar en la vida interior las mismas manifestaciones y correspondencias que en el plano físico. Si los científicos se detuvieran un poco en profundizar las leyes que rigen el universo, comprenderían que, en realidad, todos los elementos, todos los objetos, todos los fenómenos que estudian, les hablan de un mundo más vasto, más rico. Precisamente porque no han



comprendido el funcionamiento de estas leyes, es por lo que el progreso científico no ha proporcionado un progreso moral.

Por ejemplo, cuando los físicos empezaron a descubrir la realidad de las ondas, debieron ir más lejos: hubiesen descubierto que no se trata de un fenómeno único, aislado, sino que existe también en otros planos, el de los sentimientos y el del pensamiento. Y no se habrían contentado con proporcionar los elementos que permiten la fabricación de aparatos de radio, sino que habrían descubierto que el cerebro es un aparato que emite y que capta ondas, y que por tanto, hay también hay un gran trabajo por hacer. Claro que la telepatía es ahora reconocida por algunos, pero no por todos, y ninguno ha sacado todavía de ella todas las consecuencias en lo relativo a la educación y al dominio del pensamiento. Y esto no es todo: cuando descubrieron que las ondas no conocen fronteras, debieron trabajar, inmediatamente para la abolición de todas las fronteras a fin de ponerse de acuerdo con estos descubrimientos que hacían. Es cierto que ha habido algunos progresos, ¡pero todo va tan lento!

Así que, como veis, los científicos hacen descubrimientos, pero no comprenden todo el alcance de los mismos. El teléfono, la fotografía, el fonógrafo, el radar, el láser, etc., todos los descubrimientos científicos y técnicos, para ser completos, deben ser transpuestos al plano psíquico y espiritual. Y esto no sólo es válido para la física, sino también para la química, la astronomía, la biología, etc. Incluso en la tabla de clasificación periódica de los elementos de Mendelejev, por ejemplo, cada elemento es el mensajero de una realidad más sutil.

Cuando aprendan a ver más allá del aspecto material de la realidad, los sabios poseerán la verdadera ciencia. ¡Y es tan deseable que lo logren! Porque, no sólo la verdadera ciencia aporta el conocimiento y la comprensión, sino que también es una

fuente de equilibrio, de libertad, de paz interior. Por el momento, la ciencia actual aporta todo tipo de ingenios y de máquinas que facilitan la vida, desde luego, no lo podemos negar, pero debido a su forma limitada de considerar las cosas, los humanos están más atascados y, a veces están incluso más enfermos y son más desgraciados.

La ciencia contemporánea sigue siendo superficial al lado de la verdadera ciencia. Los investigadores trabajan sin saber que realmente tienen entre manos las bases de la verdadera ciencia. Muchos están asombrados de que el progreso técnico no cambie el mundo y se preguntan qué pueden hacer para contribuir al progreso moral de la humanidad. Pues bien, la respuesta está aquí, es ésta: deben profundizar en las leyes del mundo físico, para descubrir, al mismo tiempo, las leyes del mundo moral.



*Centre OMRAAM*

*Institut Solve et Coagula  
Reus*

[www.omraam.es](http://www.omraam.es)

*Primer Centro*

*De difusión de la obra  
Del Maestro OMRAAM  
En lengua Española*

## XIV

### **VERDAD CIENTIFICA Y VERDAD DE LA VIDA**

Para tener una idea exacta acerca de un edificio, hay que dar una vuelta a su alrededor. Igualmente, para tener una idea exacta de una situación, hay que dar una vuelta en torno a la misma. Pero, en vez de eso, ¿qué es lo que hacemos? No queremos movernos ni un centímetro, y nos quedamos donde estamos, gesticulando y gritando: "Yo tengo razón, yo poseo la verdad..." No, estamos todavía lejos de la verdad mientras nos limitemos a un solo aspecto de la misma.

Para descubrir la verdad, nunca hay que aislar una fracción de tiempo o de espacio. Si razonamos sobre un corto espacio de tiempo, por ejemplo de una vida humana, no comprenderemos nada acerca del desarrollo de los acontecimientos, porque esta vida no es más que un eslabón de una larga cadena. Para comprender lo que un ser vive en el transcurso de una de sus encarnaciones, no hay que considerar esta encarnación aisladamente, sino conectarla con todas las encarnaciones pasadas desde hace siglos y milenios, y, al mismo tiempo, saber que esta existencia proseguirá en el futuro. Nos equivocamos siempre sobre el significado que debemos dar al presente si no lo situamos en esta continuidad que va desde el pasado hasta el futuro.

Cada suceso es la consecuencia de un suceso precedente; por eso no sabréis interpretar correctamente lo que sucede en el presente si no echáis una mirada al pasado. Y esto no es todo: tenéis la posibilidad de trabajar sobre este presente, que es la consecuencia del pasado, para que el futuro sea a imagen de lo que deseáis. Así pues, para comprender bien la vida de un hombre, no sólo hay que considerarla como una consecuencia del

pasado lejano, sino también como el punto de partida para una nueva existencia. El que estudia una vida humana sin tener en cuenta el hecho de que ésta está conectada con vidas pasadas y con vidas futuras, no puede tener una apreciación exacta de la misma.

Y esta regla no sólo es válida para el tiempo, sino también para el espacio. Por eso, todos aquellos que, como los especialistas, estudian los objetos o las criaturas sin situadas en el conjunto de la vida, no encontrarán la verdad. He ahí un tema de reflexión para los científicos y los investigadores, cualquiera que sea su campo de estudio, porque todos tienen demasiada tendencia a especializarse.

Lo bueno de los especialistas es que dominan sus asuntos, pero raramente conocen el terreno del especialista vecino. Esto llama la atención, sobre todo, en medicina, donde hay cada vez más especialistas y cada vez menos, generalistas. Diréis que estas especializaciones se corresponden con las que encontramos en el organismo, en el que cada órgano (hígado, bazo, corazón, pulmones, riñones, etc.) tiene una función bien determinada. Sí, claro, pero estos especialistas, los órganos, están todos conectados entre sí y forman una verdadera fraternidad, trabajan para esta unidad que es el hombre.

No podemos negar que la especialización ha originado progresos fantásticos. Para profundizar sus conocimientos en un terreno determinado, los científicos deben limitar su campo de investigación. Sí, pero, después, es importante que sepan ver las relaciones que existen entre el sujeto que estudian y la totalidad de la creación. Sin embargo, ¿qué es lo que hacen? Desgajan una pequeña corteza del Árbol cósmico, y cuando la han pesado bien, cuando la han examinado cuidadosamente, escriben libros sobre el tema, y reúnen a algunos centenares de personas, sus colegas,

sus estudiantes, y dan una conferencia para presentárselo; y a esto le llaman "ciencia". Pero una vez que este pedazo ha sido cortado, de alguna forma ¡ya está muerto! Está muerto, porque ha sido separado de la vida universal. Quizá no esté muerto físicamente, pero está muerto desde el punto de vista de la vida cósmica.

Por eso, un día, cuando los científicos empiecen a profundizar en esta cuestión, se darán cuenta de que, con su manera de proceder, han contribuido enormemente a la mala comprensión de este conjunto que es la vida, y se sentirán avergonzados. Cuando enumeran las particularidades de un mineral, de una planta o de un animal, no hay nada que reprocharles, lo que dicen es verdad, todo es verdad... pero esta verdad es fragmentada. Para que sea completa, deben relacionar el objeto de su estudio con la vida cósmica que brota, que vibra, que irradia. Separados de esta vida, la planta, la piedra, el animal, han perdido lo esencial. Por eso, mientras que los especialistas de las diferentes disciplinas continúen en esta vía, lo que ellos llaman verdad científica será una verdad incompleta, mutilada.

Comprendedme bien, no se trata de criticar o de negar los descubrimientos científicos; el problema está en otra parte, en la cabeza de los investigadores, en su actitud con respecto a la vida, en su incapacidad para relacionar los objetos de su estudio con el conjunto de la vida. Ponen demasiado énfasis en el análisis y descuidan la síntesis. Y lo más grave es que estos métodos de investigación que emplean para estudiar la materia (descomponer, dislocar, desintegrar) acaban aplicándolos también al ser humano. También tratan de conocerlo desgarrándolo y cortándolo en pedazos. Además, esta tendencia a la disección está por todas partes tan afirmada, reforzada y subrayada en las ciencias que ha producido también cambios en la vida social, moral y espiritual: todos quieren separarse, aislarse de los demás, y de ahí la

hostilidad, los prejuicios, la guerra... ¡Este es el resultado del análisis!

Incluso, a nivel de países, muy a menudo el patriotismo, el nacionalismo, por ejemplo, no son más que manifestaciones de esta filosofía de la separatividad universal. No citaré a ningún país, porque no es mi misión ocuparme de la política. Observo solamente lo que sucede, y explico los principios a la luz de la Ciencia iniciática. En el mundo entero, e incluso en los países occidentales, aparecen toda clase de movimientos que predicán la separación. Los hombres se vuelven cada vez más analistas, y si esto continúa, veréis como dentro de algún tiempo el mundo entero estará completamente "analizado", o sea, ¡despedazado! ... Es ahora el momento de preocuparse de la síntesis. No quiero decir con ello que los países deban dejar de ser libres o autónomos, sino solamente que deben sentirse miembros de un mismo organismo, de un conjunto, de una unidad más vasta, porque será entonces cuando la vida circulará armoniosamente. La síntesis es la vida, es la eternidad, es la inmortalidad. Pero muy pocos me comprenderán, lo sé, porque las mentalidades humanas han sido adulteradas por todas las teorías que propagan los periódicos, los libros, las películas... las cuales siempre intentan suprimir algo, cortar, extirpar ...

Todos defienden el análisis: dividir, separar, dislocar, despedazar. Incluso en las familias, todos se han vuelto tan analistas que ya no se soportan mutuamente; por una nimiedad, se separan. Ahora hay que estudiar la síntesis, porque la síntesis es el amor, la comprensión, el entendimiento. Diréis: "Pues entonces si la síntesis es el amor, ¡el análisis es la sabiduría!" Evidentemente, en este punto habría que precisar muchas cosas. Simbólicamente, podemos decir que la síntesis es el amor, porque el corazón suma, reúne, y que el análisis es la sabiduría, porque, por el contrario, el intelecto resta, disecea, divide. Pero hay que reconocer que no

todas las síntesis son magníficas, ni tampoco todos los análisis. Hay que saber manejar correctamente todas estas nociones.

Incluso podemos afirmar que, algunos, con su forma de amar, hacen análisis más que síntesis. Por ejemplo, aquellos que se contentan con amar a un hombre o a una mujer son analistas. Se olvidan de los demás, no quieren conocerles, no se alegran de su existencia, se concentran en una sola persona y, precisamente por eso, tienen decepciones, sufrimientos. También ellos deben aprender la síntesis, a fin de unir al mundo entero en sus pensamientos, en su amor.

Pero volvamos a la ciencia. Esta se limita demasiado al terreno de los hechos y, debido a ello, asistimos ahora a toda esta dispersión: ya no sabemos cómo manejar esta acumulación de descubrimientos que diariamente se hacen. No digo que haya que dejar de estudiar y de descubrir, pero cuando no se sabe cómo estudiar los hechos y relacionarlos con un conjunto más vasto, en vez de ver las cosas más claras, tenemos, por el contrario, una visión cada vez más dispersa y confusa.

No hay nada tan importante como tener una idea directriz, una cabeza que dirige. Pero los hombres de ciencia que no lo han comprendido, lo acumulan todo desordenadamente, y se cargan con un peso aplastante. Diréis que la ciencia se contenta con estudiar lo que existe, y que es necesario conocer los insectos, los microbios, los bacilos, los virus, con sus particularidades y formas de propagación para protegerse de ellos. No es tan seguro. Si los humanos aprendiesen a vivir en la síntesis, es decir, en la armonía, en la unidad, en el amor, estarían muy sanos y no tendrían tanta necesidad de estudiar a todos estos bichos en sus laboratorios o en el cuerpo. ¿Por qué hacemos análisis continuamente: análisis de sangre, análisis de orina, o de no sé qué?.. Porque nos hemos vuelto tan analistas que ya no podemos



prescindir de los análisis. ¡Vivid en la síntesis y ya no tendréis necesidad de análisis! Quizá no sepáis nunca cómo es vuestra orina, pero no tendréis necesidad de saberlo, porque disfrutaréis de buena salud.

Reconozco que los mismos científicos se ven obligados, por sus propios trabajos, a no limitarse a su especialidad, y tienen que recurrir a otras. Cuando deben construir un satélite, por ejemplo, desde las matemáticas hasta la astrofísica, ¡a cuántas disciplinas tienen que recurrir! Sí, pero su método, suficiente para construir una máquina, es insuficiente para penetrar en los secretos de la vida.

Separando a los seres y a las cosas de la vida universal, no podemos saber cómo vibra la vida, cómo palpita y se manifiesta en ellos: ¡porque los habremos arrancado del árbol! Se aísla una rama, una hoja, un fruto, para estudiarlos. No, hay que estudiar al fruto en el árbol, para comprender que es el punto en donde desembocan todas las energías que circula en él.

Constantemente se habla de la "verdad científica". Pues bien, más importante que la verdad científica es la verdad de la vida. Y la verdad de la vida consiste en aprender a conectar los más mínimos detalles con una idea central, en situarlos en el edificio cósmico para ver cómo vibran en armonía y participan en la vida del todo. Así, cada hecho estudiado es situado como un elemento que contribuye al mantenimiento del edificio.

Al igual que los científicos, hay pues que observar, estudiar con precisión, con exactitud, pero ir más lejos aprendiendo a ajustar los elementos a fin de que circule entre ellos algo que no poseen separadamente, y este algo es la vida. El verdadero saber se encuentra en la vida. Separad los elementos y ya no hay vida. Saber que tal elemento tiene tal propiedad, tal olor, tal sabor o tal color, no es lo esencial, porque este elemento en tanto que se

toma aisladamente, no participa de la vida. Pero conectadlo con los demás elementos y la vida aparece. Podéis conocer todas las propiedades de los elementos; pero mientras que no sepáis cómo circula la vida entre ellos, no poseeréis el verdadero saber.

Así que, comprendedme bien, lo repito, no digo que no haya que especializarse; no soy tan limitado; me doy cuenta de que, en la mayoría de los casos, eso equivaldrá a decir que no debéis tener una profesión porque toda profesión es una especialidad. Solamente quiero decir que no debéis centrar todas vuestras preocupaciones en vuestra especialidad; en el centro de vuestras preocupaciones debe estar la vida en su dimensión más vasta, más elevada. Y una vez os hayáis anclado, así, en lo esencial, podéis permitir os explorar todo lo que queráis.

Sólo poseeréis una buena filosofía de la vida cuando tengáis nociones claras sobre la estructura del universo, los seres que lo habitan y las corrientes que lo atraviesan. Pero lo esencial es estudiar lo que representa el hombre mismo, cuál es su lugar en el mundo, así como su predestinación, y cuáles son los factores que posee para realizada. Después, ocupaos de la cristalografía, de la botánica, de la zoología, de la astronomía, etc., ¿por qué no? En la medida en que trabajéis sobre lo esencial, observaréis como todas estas ciencias adquieren una nueva luz y toman para vosotros otra dimensión.

El gran error de los científicos es el de creer que los métodos que emplean para el estudio del mundo físico tienen un alcance universal y pueden ser aplicados en todos los campos de la existencia. Y como no han visto a Dios ni a la Inteligencia cósmica con sus microscopios o con sus telescopios, los rechazan. Sus estudios les muestran constantemente que una Inteligencia sublime preside los movimientos de todos los cuerpos celestes, la sucesión de las estaciones, el funcionamiento de los organismos

vivos: plantas, animales, humanos, etc., pero como no han encontrado al Creador para discutir con Él, niegan su existencia y consideran a la creación como fruto del azar. Pues bien, todos estos sabios deben saber que la inteligencia no es en la naturaleza donde falta, sino en su cabeza. Sí, no saben razonar ni sacar conclusiones de sus observaciones: trocean el universo en pedazos y razonan sobre estos pedazos. Por eso jamás descubrirán la verdad.

Para descubrir la verdad, debéis elevaros hasta otra comprensión de la vida. De esta manera, no sólo obtendréis un mejor conocimiento de las cosas con el intelecto, sino que, al mismo tiempo, se desencadenará todo un proceso de transformación en lo más profundo de vosotros, porque estaréis de nuevo en relación con el Todo: os conectaréis con las corrientes sutiles del universo, os sumergiréis en el seno de la vida cósmica, participaréis de esta vida en comunión con todas las criaturas visibles e invisibles, y vuestro campo de conciencia se ensanchará.

Esta comprensión más vasta de la ciencia es, también, la verdadera religión. ¿De qué sirve que la gente repita que la palabra religión viene del latín "religare": unir, si, en su mente no cesan de separar? Diréis: "Pero la conexión de la que hablan es la conexión con Dios". De acuerdo, pero ¿qué significa una conexión con Dios unida a una separación de todo lo demás?.. El mismo vínculo que une al Creador con las criaturas debe unir a todas las criaturas entre sí, y también a todos los elementos de la creación. La comprensión de esta conexión es la religión verdadera. La religión verdadera, pues, sobrentiende también una ciencia. Esta separación entre la ciencia y la religión, de la que algunos están tan orgullosos, no rima con nada. Si separamos la religión de la ciencia, es que somos demasiado estrechos, que no

hemos comprendido verdaderamente ni la una ni la otra. ¿Está claro ahora?

El estudio del mundo físico no debe alejarnos de Dios, sino acercarnos a Él. Por eso, los verdaderos Iniciados no rechazan el mundo, lo consideran como su laboratorio y se sirven de todos los elementos que contiene; saben que, gracias a estos elementos un día llegarán a fabricar la piedra filosofal. Aquellos que quieren cortar toda conexión con el mundo no poseen la verdad. Dios ha puesto en el mundo una riqueza increíble, pero necesitamos la luz de la Ciencia iniciática para aprender a utilizar esta riqueza en vez de sucumbir ante su peso. Lo importante es, pues, poseer la luz sin separarnos del mundo. Aquél que se desconecta del mundo firma su sentencia de muerte.

Podemos decir que la aproximación que hace el científico y la que hace el Iniciado son complementarias: el científico trabaja según los métodos del análisis que estudian los detalles, y el Iniciado con los de la síntesis que abarcan la totalidad. Lo ideal es poder juntar ambos. Así que, de ahora en adelante, a todo cuanto podáis ver, oír, estudiar, o tocar, pensad en encontrarle un lugar en el Todo, no lo dejéis fuera, disperso, separado del Árbol de la vida. Esta actitud, esta forma de comprender las cosas, es la que poco a poco despertará en vosotros todos los centros sutiles. A estos centros, los místicos hindús los llaman chacras. Se han explicado muchos métodos para desarrollarlos, y algunos son muy peligrosos. El mejor método es el que os doy: trabajad para realizar en vosotros la unidad de la vida.

Aunque, en el transcurso de la historia, no todos los Iniciados se han presentado de una forma absolutamente idéntica, -puesto que algunos se han manifestado, sobre todo, como Maestros de Amor, otros como Maestros de Pureza, y otros como Maestros de Sabiduría-, todos los verdaderos Iniciados se han

visto obligados a alcanzar un punto desde el que abarcaban la totalidad de las cosas, de los seres y de las actividades. Aunque cada Iniciado ha recibido una misión determinada, éste no se especializa, sino que se esfuerza en vivir la plenitud de la vida.

Un Maestro, un Iniciado, es pues un ser que se ocupa de la vida en su totalidad. No pierde de vista los detalles pero, para él, lo esencial es la vida: cómo protegerla, cómo enriquecerla, cómo purificarla, porque la vida es la única realidad que contiene a todas las demás. Y para poder captar la vida en su totalidad, hay que remontarse hasta la Causa Primera, hasta la Fuente, Dios mismo. Así pues, procurad conservar siempre el vínculo con la Causa de todas las causas, con la Fuente divina.



*Centre OMRAAM*

*Institut Solve et Coagula*

*Reus*

[www.omraam.es](http://www.omraam.es)

*Primer Centro*

*De difusión de la obra*

*Del Maestro OMRAAM*

*En lengua Española*

## XV

**VERLO TODO COMO SI FUESE  
LA PRIMERA VEZ**

Si la vida parece tan monótona y vacía para la mayoría de los humanos, es porque éstos tienen una comprensión demasiado estrecha y superficial de la realidad. Se pronuncian sobre los seres y las cosas en función de las apariencias, y se imaginan que este conocimiento es suficiente para la vida cotidiana.

Fijémonos solamente en cómo acostumbran a considerarse mutuamente los hombres y las mujeres. Cuando ya se conocen desde hace un cierto tiempo, piensan que ya no tienen nada que descubrir los unos en los otros, y por ello, en efecto, ya no descubren nada, se aburren, están hastiados. Todo es viejo ya para ellos, y se alejan, se separan. No se dan cuenta de que este estado de cosas proviene que todo lo que es sutil en los seres, su alma, su espíritu, se les ha esfumado. Y lo más grave es que, al actuar así, creen pasar por gente de experiencia a la que ya no puede asombrar ninguna manifestación de los demás, y se imaginan que, de esta manera, serán más prestigiosos. Quizás lleguen a serlo ante los ciegos como ellos, pero se esclerotizarán, porque se cierran a las corrientes de la vida. Los seres están vivos, y la naturaleza está viva también, pero para entrar en contacto con esta vida tenemos que afinar, dentro de nosotros, ciertas facultades de percepción y ello es posible con métodos muy sencillos.

Empezad, por ejemplo, haciendo este ejercicio. Salís de casa, por la mañana, y veis el cielo, el sol: si os esforzáis en sentir que lo veis por primera vez, descubriréis toda una vida sutil que hasta este momento dejasteis perder por causa de una pantalla opaca que habías instalado en vosotros. Mientras no os liberéis de

esta pantalla, nunca poseeréis la verdadera inteligencia de las cosas.

La verdadera inteligencia es como una fuente, siempre renovada, regenerada, encantada; la verdadera inteligencia es estar en un estado de maravilla sin fin. Y no os contentéis con cultivar esta actitud con respecto a la naturaleza, aprended a cultivarla también con respecto a los humanos, porque no sólo haréis descubrimientos insospechados, sino que incluso os volveréis más interesantes y simpáticos para los demás.

Lo más importante es comulgar con la vida. Aunque lleguéis a conocerlo todo de la tierra y del cielo: las piedras, las plantas, los animales, las estrellas y los humanos, con sus lenguas, sus culturas y todas las particularidades de sus modos de existencia,.. Acabaréis siempre por sentir una carencia, una insatisfacción, y hasta un aburrimiento en tanto no hayáis aprendido a entrar en contacto con las corrientes sutiles de la vida que circulan en ellos.

Diréis: "Lo que nos está pidiendo es muy difícil, y no sabemos cómo hacerlo". No, no es difícil, y acabo de daros un método muy sencillo: procurad ver las cosas y los seres como si fuese la primera vez. El interés de este método radica en que nos obliga a ser creativos, y es esta facultad de creación la que da un sentido a nuestra vida. ¿Cómo pensáis que los músicos puedan interpretar cientos de veces la misma pieza, y los actores la misma obra produciendo cada vez efectos poderosos en el público? Porque cada noche son capaces de interpretar como si fuese la primera vez. Los artistas, aunque sólo sean ejecutantes, de todas formas son creadores: porque cada vez reviven la obra que interpretan. Y vosotros, ¿por qué no hacéis lo mismo? ¿Por qué dejar el arte a los artistas? También vosotros podéis ser creadores en cada instante, dando vida a todo lo que hacéis, a todo lo que



miráis, a todo lo que oís... Sólo basta con hacerlo como si fuese la primera vez.

Hoy os revelo un gran secreto que muy poca gente ha descubierto y practicado. Viven años y años, y cada vez actúan más automáticamente: comen, beben, duermen, se pasean, etc., pero siempre automáticamente, y por eso no son felices. ¡Cuántas cosas he descubierto gracias a este método que aplico conscientemente, de hacer las cosas como si fuese la primera vez! De esta forma, todo me parece siempre nuevo. Por otra parte, ésta es la realidad; mirad, nada es nunca igual: los seres y las cosas están vivos, cada día emiten radiaciones nuevas. Incluso el metal de un collar, de un anillo, o de un reloj que llevéis, vibra cada mañana de una forma diferente a la del día anterior. Si fueseis realmente sensibles, sentiríais la diferencia en el movimiento de los electrones. Esto se explica por el hecho de que estos objetos están en relación con las corrientes, siempre nuevas, del cosmos; pero como no sentís absolutamente nada, creéis que todo es siempre igual.

En realidad, nada, en ninguna parte, es igual; y el sol, sobre todo, cuando sale por la mañana es siempre nuevo. Los astrónomos pueden confirmároslo. Desde la tierra, y a simple vista, quizá no veamos ningún cambio, pero, gracias a sus aparatos, los astrofísicos observan toda una vida en el sol: corrientes, proyecciones, erupciones... Si se producen cambios en el sol, ¿cómo no habrán de repercutir estos cambios en todo el sistema solar, en los humanos, en los animales, en las plantas, en las piedras, y también en los metales? ..

Así pues, de ahora en adelante, si queréis descubrir una verdad que pueda dar, cada vez, un sentido nuevo a vuestra vida, procurad hacer las cosas como si fuese la primera vez. Cada mañana, al despertaros, pensad que podéis volver a descubrir el

mundo: comed un pedazo de pan, mirad el fuego, o el agua, o un árbol, o una montaña... escuchad un fragmento musical, contactad con vuestra familia, con vuestros amigos, como si fuese la primera vez... y sentiréis que vuestra existencia se vuelve cada día más rica y más bella.



*Centre* **OMRAAM**  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusió de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## XVI

### **SUEÑO Y REALIDAD**

Lo más importante no es lo que sucede fuera de vosotros, o a vuestro lado, sino lo que sucede dentro de vosotros. Lo que es real es lo que sentís, lo que vivís.

¡Cuántos ejemplos en la vida nos muestran que la realidad objetiva cuenta menos que la realidad subjetiva! Ante el mismo suceso, ciertas personas se alegran, otras se entristecen, y otras se rebelan. ¡Y cuántos viven también con impresiones que no tienen relación alguna con la realidad! Algunos se creen perseguidos por malhechores y viven angustiados: por supuesto que no hay nadie, pero ellos ven a estos malhechores deslizarse, por la noche, allá abajo, detrás de unas paredes, y les oyen acercarse cuchicheando entre sí... Otros se imaginan que sólo tienen que exhibirse para que nazca la pasión en los corazones; ven en toda clase de signos, las manifestaciones de esta pasión: un gesto, una sonrisa, una palabra en la que aprecian todo tipo de segundas intenciones, y hasta la indiferencia, es interpretada como manifestación de amor...

Hay ejemplos innumerables de personas que, en todos los campos, viven en una realidad que ellos mismos se han fabricado, y se alegran, se inquietan, se agitan, por cosas que no existen, o que ellos interpretan a su manera. Por mucho que tratemos de demostrarles su error, es imposible convencerles pues siempre vuelven a sus fantasmagorías. No es la realidad objetiva la que influye en su subjetividad, sino su subjetividad la que crea para ellos la realidad objetiva.

Estos fenómenos son todavía más patentes en los sueños. Soñáis que os caéis por un precipicio y os horrorizáis, pero, al

despertaros, tomáis conciencia de que lo que os ha asustando tanto, no es más que un simulacro. Sin embargo, cuando soñabais, no dudabais de que fuera una realidad. Algunas personas dicen que, al soñar, saben que sueñan, pero esto es algo muy raro. Muy pocos son conscientes de que sueñan, y la mayoría de la gente experimenta verdaderamente las mismas emociones que si viviesen sucesos reales. Y entonces, al despertar, ¡qué decepción sienten por haber perdido al ser amado con el que se paseaba en un gran parque rodeados de flores y acompañados del canto de los pájaros! O por el contrario, ¡qué respiro al encontrarse nuevamente en la cama, lejos de los peligros!

Diréis que no os descubro nada nuevo, y que ya conocéis todos estos fenómenos. No lo dudo, pero ¿qué hacéis con este conocimiento para poner orden en vuestra vida interior? Porque ésta es la utilidad de conocer: la de poder aplicar después algo de lo que conocemos.

Observaos, pues, y cuando sintáis que exageráis o dramatizáis las cosas, o que, por el contrario, minimizáis su valor o su belleza, procurad remediarlo. Puesto que nuestra subjetividad deforma constantemente no la realidad objetiva, ¿por qué no trabajar para orientada en el sentido más constructivo?

Y además, ¿quién nos dice que la realidad que vivimos es la verdadera realidad? Numerosos son los Iniciados, los sabios, que nos enseñan que la vida es un sueño y que no hacemos más que atravesar un mundo de apariencias del que, un día, acabaremos despertándonos. Esta es una idea con la que también tenéis que intentar trabajar. Cuando paséis un período difícil, por ejemplo, decíos: "Sufro, estoy enfermo, soy perseguido. Sí, pero se trata de una ilusión, sueño todavía, y cuando me despierte, no quedará ni rastro de todo esto". O bien: "Todas estas pruebas no me conciernen. No sé a quién afectan... quizá a mi cuerpo, pero en

todo caso no a mí. Yo estoy por encima de todo eso, yo soy un espectador, soy invulnerable".

Diréis que, mientras tanto, eso no os impide sufrir. SÍ, claro, como los que tienen pesadillas: gritan, sudan. Nuestros sentimientos, nuestras emociones, corresponden a una cierta realidad, pero no son la realidad. La vida es un sueño, sí, y puesto que la vida es un sueño, todos los seres humanos son unos soñadores. Pero la diferencia entre los Iniciados y los hombres ordinarios es que los primeros saben trabajar con estas nociones de sueño y de realidad. Así que aprended vosotros también. Decíos que la vida es un sueño, y que la verdadera realidad es, justamente, lo que los humanos llaman sueño; y procurad vivir en esta realidad: deteneos, de vez en cuando, y concentraos en la luz, en la belleza, en la pureza, imaginándoos que estáis sumergidos en este mundo maravilloso, que vivís en él. Se trata de un sueño, claro, pero ¿por qué no sería este sueño la verdadera realidad? Y, además, al pensar que es una realidad, contribuís a la realización de este sueño. Probadlo y veréis cómo avanzáis enormemente.

Ahora comprendedme bien, hay sueños y sueños. Todo el mundo sueña, pero la mayoría de las veces se trata de sueños deshilvanados y ansiosos. Hay que soñar, pero con plenitud de consciencia para que estos sueños sean dirigidos por un saber, por una voluntad recta, y sin olvidar por ello esta realidad ilusoria que es la vida. Porque huir de la vida cotidiana con el pretexto de que ésta es una ilusión, tampoco es aconsejable. Hay que encontrar un equilibrio entre ambas cosas: la sensación de soñar y la de estar en la realidad. Puesto que estamos en la tierra, debemos trabajar en ella, pero sin olvidar que estamos sumidos en un sueño del que, un día, nos despertaremos. A los ojos de la gente ordinaria, los Iniciados son soñadores que creen en cosas irrealizables, imposibles, mientras que ellos, claro, están despiertos. Y no saben que, en realidad, duermen, ¡y hasta roncan!.. Lo ideal es que

nuestros sueños se encuentren con la realidad verdadera, aquella que está más allá de las apariencias.

Retened bien, pues, lo que os digo: no os toméis tan en serio las dificultades y las desgracias de la existencia, porque si no, acabaréis siendo aplastados y perderéis el gusto de vivir. Ante las pruebas, decíos: "Lo que me sucede es real, claro, no puedo negarlo, pero no me sucede a mí. Yo soy un espíritu inmortal, eterno". Y eso siempre os devolverá el ánimo y la esperanza.



*Centre* **OMRAAM**  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## XVII

### **LA VERDAD, MÁS ALLA DEL BIEN Y DEL MAL**

Para la mayoría de la gente, la verdad significa el bien, y puesto que identifican la verdad con el bien, el mal, según ellos, no pertenece al ámbito de la verdad. Ahí tenéis otra cuestión que todavía no se ha profundizado suficientemente. En esta medalla, que es la verdad, también podemos decir que el bien es una cara y el mal la otra. Evidentemente, el bien debe triunfar; pero no debemos imaginarnos que lo haremos triunfar tratando de eliminar el mal.

Toda la vida está ahí para instruimos. Tomemos simplemente el ejemplo del ser humano; observemos cómo está construido. La parte superior está destinada a actividades nobles: ver, oír, hablar, pensar, mientras que la parte inferior digiere, elimina, evacúa, funciones que, evidentemente, son mucho más triviales. Pero estas actividades nobles y triviales se desarrollan en el mismo ser humano, y si éste quiere rechazar las segundas con el pretexto de que no son lo suficientemente distinguidas, morirá. No podemos separar lo de arriba de lo de abajo.

Las facultades superiores extraen energías de las funciones inferiores: estas son como las raíces necesarias para que este árbol, que es el hombre, pueda extraer los elementos que transformará y distribuirá después bajo forma de flores y de frutos. Así que, en vez de querer alterar el orden de las cosas establecido por la sabiduría divina, hay que estudiarlo y comprenderlo. Todos aquellos que se lanzan a una lucha contra el



mal para extirpado, para aniquilarlo, mutilan la realidad, exactamente como aquél que quisiese suprimir el estómago, los intestinos, el sexo, etc.

Tomemos otro ejemplo: el de la circulación de la sangre. La sangre es la intermediaria entre el aire y las células de nuestros tejidos. Cuando la sangre está viciada, ¿acaso ha previsto la naturaleza expulsarla fuera del cuerpo para ser reemplazada? No, es purificada gracias al oxígeno del aire que nuestros pulmones reciben mediante la respiración. Porque la naturaleza ha encontrado un sistema para transformar el mal en bien dentro de nosotros. Fijaos también cómo, en el transcurso de los siglos, las fuerzas de la naturaleza han sido domesticadas: el viento, para hacer girar los molinos, los torrentes, para fabricar electricidad, etc. Así pues, todos aquellos que han luchado contra el mal, pueden ser alabados, claro, por su empuje, por su espíritu de sacrificio, por su amor a Dios, pero nos vemos obligados a decir que no supieron centrar la cuestión. Porque, hagamos lo que hagamos, nos encontramos, sin cesar, ante esta doble realidad: el bien y el mal, la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, y en ningún caso llega a triunfar el uno sobre el otro. Claro está que estas son las condiciones que encontramos en la tierra. Si lográis elevaros hasta el mundo divino, descubriréis otras condiciones, pero mientras tanto, puesto que estáis en la tierra, es más prudente estudiar y comprender el significado de estas manifestaciones del mal en vuestra vida: la enfermedad, los obstáculos, los enemigos, y también el significado de las debilidades que constatáis en vosotros.

La verdad no se encuentra en el mal, claro, pero tampoco únicamente en el bien, está en el bien y en el mal a la vez, o mejor, en un principio que es superior al bien y al mal y que sabe trabajar con los dos. Y si no vamos más lejos para ver cuál es este principio superior que los dirige, nunca comprenderemos sus

intercambios, sus juegos, sus combates. El bien y el mal son unos artistas que se han comprometido a interpretar la obra de la vida. Porque sin el mal, quizá el bien no haría nada y se dormiría. Es el mal quién le estimula.

Los humanos desean el bien con todas sus fuerzas pero, para empezar, como raramente coinciden sobre lo que hay que llamar "bien", todos estos bienes contradictorios son los que producen finalmente el mal. Esta es la triste realidad: cada uno está tan ocupado en hacer triunfar su "bien", el cual no es el bien de los demás, que ello no puede producir sino el mal. E incluso, en el caso de que este bien tan esperado llegase a producirse, al cabo de un tiempo la gente se aburriría e incluso podría perder la satisfacción de vivir. Sí, porque al estar demasiado bien, el mal se olvidaría de ellos, y tampoco es tan maravilloso ser ignorado completamente por el mal.

El mal es como ciertos personajes de las obras de teatro. Gracias a ellos todo sucede: tragedias, comedias, dramas... La existencia discurre más o menos tranquilamente, pero he aquí que alguien, con sus ambiciones, su amor, su orgullo, su codicia, sus celos, o su tontería, etc. ... viene a sembrar el desconcierto en una familia, o en un lugar de trabajo, y todos deben pasar por peripecias, luchar, defenderse y encontrar soluciones para superar esta crisis. Al fin de la obra, algunos han muerto, otros han caído enfermos o se han vuelto locos, y otros, al contrario, han adquirido una sabiduría, porque han sabido utilizar estas condiciones difíciles. ¡Las obras de teatro no hubieran existido a no ser por esos elementos desestabilizadores surgidos para desencadenar la acción! Sin el mal, quizá la vida tampoco avanzaría.

Puede ser que estas explicaciones no gusten a los filósofos ni a los teólogos que tienen teorías muy complicadas sobre el bien

y el mal. Pero las teorías complicadas no resuelven el problema del mal. El problema del mal se resuelve mediante la acción, aprendiendo a transformado. Si no, lo que hacemos es alimentado con nuestra ignorancia y nuestra debilidad. La verdad no es el bien, o mejor, es el bien de aquél que ha sabido transformar el mal.

El verdadero triunfo no consiste, pues, en exterminar a nuestros enemigos. El verdadero triunfo consiste en transformar a nuestros enemigos en amigos. De esta manera, en vez de estar rodeados de gente que sólo piensa en perjudicarnos, estaremos rodeados de gente que sólo pensará en ayudarnos. Es difícil, claro. Derribar a un enemigo con un disparo, verter en su vaso algunas gotas de veneno, poner explosivos o abrir la espita del gas para hacer saltar la casa por los aires, es fácil; mientras que trabajar sobre uno mismo y sobre el enemigo, para transformarlo en amigo, es muy difícil; pero esto es lo que vale la pena y lo que prueba que estamos en la verdad.

Únicamente los grandes Iniciados han comprendido verdaderamente la cuestión del mal. No se contentan con conocer el bien y trabajar con él, sino que exploran también el mal. Por eso se dice de algunos de ellos -de Jesús, por ejemplo- que "descendieron a los Infiernos". Toman precauciones, se arman, y una vez que están bien protegidos, descienden hasta el Infierno para estudiar estas regiones y sus habitantes. Para ellos fue dada la fórmula: "saber, querer, osar, callarse". Un día os dije que, en esta fórmula, "osar" es la palabra más misteriosa. ¿Por qué?

Porque osar es tener el valor de emprender el descenso al Infierno para ver, comprender, conocer y vencer. Y después callarse, porque nunca hay que hablar del Infierno a los que no están preparados para ello.

Diréis que nunca habéis oído hablar del Infierno como de una región a la que se puede ir a estudiar sus habitantes. Lo sé, pero ya es hora que dejéis a un lado todas las fantasmagorías que os han contado sobre el Infierno para tener sobre él nociones más verídicas. Me preguntaréis: "Pero entonces, ¿qué es el Infierno?" Es un lugar muy necesario en donde converge todo lo malo y vicioso del universo; es fácil de comprender. ¿Qué hacen los humanos? No viven entre basuras y suciedades, sino que las ponen en cubos de basura, y después en los vertederos, o bien las queman en plantas incineradoras. Entonces, si los humanos han encontrado soluciones para desembarazarse de las suciedades, ¿cómo imaginar que la Inteligencia cósmica, en cambio, no haya encontrado nada? Pues sí, ha encontrado este lugar al que los cristianos llaman Infierno. El Infierno es el depósito donde se acumulan todos los materiales de desecho. Pero lo que hay que saber es que los grandes Espíritus de arriba vienen a servirse de todas estas sustancias para realizaciones formidables. Sí, el Infierno es un depósito, un laboratorio, porque la naturaleza no desaprovecha nada, sino que envía los desperdicios a la "estación depuradora", como decís. Y esta materia, liberada de sus impurezas, sirve para otras creaciones.

Incluso el Infierno es útil, incluso el Infierno sirve para la economía cósmica. Bien sé que muchos religiosos no aceptarán esta idea; están convencidos de que el Infierno existirá durante toda la eternidad, repleto de desgraciados condenados que están ardiendo o padeciendo los peores suplicios. Pues bien, están equivocados. En primer lugar, porque esta creencia contradice el amor de Dios: nunca puede Dios rechazar definitivamente a criatura alguna. Y contradice también su sabiduría: porque Dios es sabio, y no deja que nada se pierda, sino que todo es útil y todo es utilizado, pero después de haber sido previamente transformado.

Así pues, todos los elementos impuros del plano psíquico son arrojados al Infierno, y allí, otras fuerzas, otros espíritus, vienen a tomarlas para transformarlas. Y así es como salen, por el otro lado, corrientes, ríos de energía pura. Contrariamente a lo que cree la mayoría de la gente, el Infierno no es un lugar cerrado en donde lo que entra no sale nunca más. Hay en él tuberías, canalizaciones, por las que vuelven a salir los elementos que han sido transformados. ¿Estáis asombrados? No, no tenéis que asombraros, el Infierno no es un callejón sin salida que no desemboca en nada. Las corrientes del mal vuelven a salir, por unos caminos determinados, para regar y fertilizar otras regiones todavía desconocidas.

La gente piensa que son siempre los mismos elementos impuros los que se acumulan y se estancan en el lugar llamado Infierno. En absoluto. Sin cesar llegan a él nuevos desechos que reemplazan a los que ya han sido tratados. Los espíritus luminosos no toleran a los elementos que no vibran al unísono con la armonía cósmica y los proyectan a las "tinieblas exteriores", como se dice. Pues bien, esto es el Infierno: un lugar privado de la luz divina, pero de donde salen los materiales para ser enviados de nuevo a los circuitos de la vida.

Estos no son los conocimientos que la Iglesia acostumbra a dar a los fieles. ¿Por qué? No entraré en este tema. Pero el que aborda la Ciencia iniciática está obligado a considerar esta cuestión, ya detenerse en ella y conocer la verdad para poder trabajar mejor. Las nociones que la Iglesia ha dado del Infierno no han ayudado mucho a los cristianos a transformarse. Durante siglos, les han dado miedo, pero ¿acaso es el miedo un buen instructor? No lo creo. Y además, finalmente llega el momento en que la gente deja de tener miedo, y entonces hacen chistes para

ridiculizar las creencias que quisieron inculcarles. ¡Cuántas anécdotas humorísticas circulan sobre este tema! Incluso me acuerdo de las que circulaban en mi juventud, en Bulgaria. Por ejemplo, un viejo turco le dice a su hijo: "Escucha, Alí, debes dejar de beber, porque si no irás al Infierno y, como castigo, te atarán toneles al cuello. - ¿Sí? - dice Alí, interesado de repente, - ¿y estarán llenos?" Otros, que son frioleros, y que toda su vida tienen frío, piensan que allá abajo, por lo menos, tendrán calor. Sí, las amenazas del Infierno ya no impresionan a mucha gente.

Contaban también, en aquella época, la historia de un obispo ortodoxo que, en el momento de morir, despidiéndose de su mujer, le dio cita en el Paraíso. Se consideraba un hombre justo, y su sitio estaba, evidentemente, en el Paraíso. De que fuera también el sitio de su mujer ya no estaba tan seguro, pero de todos modos, siendo su mujer, no podía sino ser santificada a su lado durante toda su vida. Unos años después, ella murió también, se fue al Paraíso y empezó a buscar a su marido. De un lado para otro, iba preguntando por todas partes por su querido marido: ¡nadie le conocía! Finalmente, se presentó ante San Pedro para que le ayudase en su búsqueda. San Pedro consultó su gran libro y le dijo: "Buena mujer, no encuentro a nadie en el Cielo con el nombre de tu marido. Veamos si está en el Purgatorio." Continuó buscando en su libro, pero tampoco lo encontró en el Purgatorio. Ya no quedaba más que un único lugar: el Infierno. "¿El Infierno? Es imposible, - dijo la fiel esposa - ¡Mi marido no puede estar en el Infierno!". Pero ahí estaba. San Pedro le mostró el nombre en su registro. "Tengo que ir a verte - dijo ella - nos habíamos citado para después de mi muerte." Por mucho que San Pedro quiso explicarle que, en el otro mundo, no se podía ir así como así a visitar a quien se quisiese, no hubo nada que hacer, lloró y suplicó tanto que acabó dándole un pase. Cuando llegó al Infierno, de nuevo buscó, preguntó... y de repente, ¿qué es lo que vio? En un

enorme caldero humeante estaba su marido, ¡sumergido hasta el cuello! "¡Pobre marido mío! - exclamó -, ¡cuando pienso que me habías dado cita en el Paraíso! ¡Cómo te compadezco! ¡Qué desgraciado debes ser! - No tanto - dijo el marido -, hasta soy privilegiado, ¿sabes?, ¡estoy sobre los hombros del cardenal!" Ya veis lo serio que para los cristianos es el Infierno.

No olvidéis jamás, pues, que la verdad tiene siempre dos lados: lo puro y lo impuro, lo luminoso y lo tenebroso, el bien y el mal... Y el verdadero saber debe contenerlos a ambos. Evidentemente, si uno es débil e ignorante, es preferible abstenerse de explorar el Infierno, y no os aconsejo que lo intentéis. Os explico solamente que los más grandes Iniciados son aquellos que han sido capaces de afrontado, y es entonces cuando adquieren el saber completo.



*Centre OMRAAM*  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*

## XVIII

### **"LA VERDAD OS HARA LIBRES"**

Todavía no comprendéis las bendiciones que puede aportaros la verdad, pensáis que podréis, perfectamente, vivir sin ella. Sí, claro, pero sin la verdad, no podéis ser libres. Únicamente la verdad aporta la libertad. Jesús lo dijo: "La verdad os hará libres." Y ¿qué hay más deseable que ser libres?



Cada cualidad, cada virtud, posee propiedades particulares: la propiedad del amor es la de aportar calor, la de la sabiduría es la de aportar luz, y la de la verdad es darnos la libertad, porque la verdad está conectada con la voluntad, con la fuerza. Pero como ya hemos visto, la verdad tiene diferentes grados de manifestación, y nuestra libertad depende del nivel en el que nosotros nos encontramos en relación a ella.

Lo comprenderéis más fácilmente si os doy algunos ejemplos tomados de la naturaleza. Los topos viven bajo tierra, lejos de la luz, y para desplazarse se ven obligados a cavar en el suelo largas galerías que el arado del campesino destruye a veces; esta vida oscura y limitada sin duda les conviene porque son topos y no pueden imaginarse otra. La vida de los peces es más libre que la de los topos: el espacio en el cual se mueven es más vasto, más iluminado. Pero más libre todavía es la vida de los pájaros: todo el espacio les pertenece, y cantan y se alegran en la luz del sol. El topo, el pez, y el pájaro, son aquí símbolos; cada uno corresponde a un nivel de conciencia, y el nivel de conciencia determina el destino.

Tomemos ahora la imagen del árbol. Un árbol está constituido por raíces, un tronco y ramas que llevan hojas, flores y frutos. Las raíces están enterradas en el suelo, viven y trabajan en la más profunda oscuridad, absorben los elementos contenidos en la tierra para fabricar la savia bruta que se elevará por el tronco del árbol. Lejos del aire y de la luz, realizan un trabajo difícil e ingrato, y solo encuentran obstáculos, trabas, limitaciones. El tronco, en cambio, se eleva hacia el cielo, y una vida intensa circula a través de él: por el centro, los canales ascendentes de la savia bruta, y, por la periferia, los canales descendentes de la savia elaborada. A medida que el tronco se eleva y se refuerza, se enriquece con nuevas ramas felices de balancearse al viento y a la

luz, y de ofrecer a todos la vida y la belleza de sus hojas, de sus flores y de sus frutos.

Las raíces absorben los elementos de la tierra, y las hojas absorben la luz solar que transforma la savia bruta en savia elaborada. Las flores coloradas y perfumadas se preparan para convertirse en frutos. En cuanto a los frutos, no sólo son un alimento para los animales y los hombres, sino que contienen dentro de sí los gérmenes que darán vida a otros árboles. Raíces, troncos y ramas tienen su utilidad y su belleza. Pero, ¿quién no prefiere vivir en las ramas del árbol, con las hojas, las flores y los frutos que se abren a la luz y al calor del sol?

El universo es comparable a un árbol. Además, para muchas tradiciones religiosas, el Árbol cósmico es el símbolo de la creación. Según su grado de evolución, según los progresos que han conseguido en el camino de la verdad, los seres se sitúan en las raíces, en el tronco o en las ramas. Los que se sitúan en las raíces, se sienten aplastados por las condiciones de la vida, están limitados y sumergidos en una oscuridad tal que no pueden hacer nada para cambiar su destino. Hasta la ayuda de los más grandes Espíritus es impotente para salvarles; hagan lo que hagan para instruirles, no comprenderán nada. Y sin embargo, no son expulsados, contrariamente a lo que enseñan ciertas religiones que expulsan a las criaturas caídas a las "tinieblas exteriores", porque la verdad abarca a la totalidad de la creación. Pero estos seres, que no han logrado desprenderse de la verdad de los topos y de las raíces, se sitúan, por ciertas razones, en muy malas condiciones de evolución.

Los que viven en el tronco del árbol cósmico son más libres porque están más iluminados que aquellos; pero tampoco ahí la luz es suficiente para que toda la verdad les pueda ser revelada.

Deben subir hasta las hojas, las flores y los frutos. Allí es donde verdaderamente poseerán la luz y la libertad.

La función de las raíces es idéntica a la del estómago que, igual que ellas, absorbe el alimento. Aquellos hombres para quienes la verdad se limita a la necesidad de beber y de comer - que es aquí el símbolo de las necesidades del plano físico- permanecen en el estómago, en las raíces; y aunque la posibilidad de satisfacer estas necesidades les procure algunas satisfacciones, no hay que extrañarse de que a menudo se sientan limitados o aplastados.

Igual que existe una correspondencia entre las raíces y el estómago, también existe otra entre el tronco del árbol y nuestra caja torácica. En la caja torácica se encuentran el corazón y los pulmones, a través de los cuales se producen fenómenos análogos a los de la transformación de la savia bruta en savia elaborada. El corazón envía a los pulmones la sangre viciada que, gracias al oxígeno, se purifica y puede así seguir alimentando al organismo. Igual que la savia bruta, la sangre viciada sube, del mismo modo que la savia elaborada, la sangre purificada, desciende. Esta región del corazón y de los pulmones corresponde al plano astral de los sentimientos y de las emociones. Quienes se sitúan en esta región están expuestos a variaciones; continuamente, su humor se altera.

Las ramas, con las hojas, las flores y los frutos, corresponden a la cabeza. Aquellos que viven en la cabeza, es decir, en el plano mental, están más iluminados, y son más libres y tienen, sobre todo, más posibilidades para crear.

Estos tres estadios de evolución se definen con relación a los tres principios que constituyen el psiquismo humano: el intelecto, el corazón, la voluntad. El intelecto tiene necesidad de luz; el corazón tiene necesidad de gozo, de dilatación; la voluntad tiene

necesidad de libertad para actuar. Es evidente que en las raíces no hay luz, ni dilatación, ni libertad. La luz, el gozo y la libertad no se encuentran, verdaderamente, más que en la cima del Árbol cósmico.

La libertad depende pues de nuestro grado de evolución. Por eso, para el ser humano como para cualquier criatura, la libertad absoluta no existe. El único que es verdaderamente libre es Dios, el Creador. Ni siquiera los ángeles y los arcángeles, ni siquiera los querubines y los serafines son absolutamente libres. Todos los seres creados son dependientes del Creador, y sólo son libres en función del nivel en el que se sitúen en la inmensa jerarquía de los seres.

Tomemos ahora ejemplos del cosmos. En astronomía se distinguen, en general, tres clases de cuerpos celestes: los cometas, los planetas y los soles. Un cometa atraviesa el espacio como dando la imagen de una cabellera al viento, se acerca a un sol y se dice: "He encontrado la verdad, he encontrado a mi Maestro", y recibe un poco de su calor. Pero muy pronto emprende de nuevo su carrera a través del espacio, en busca de otro sol al que, de nuevo, también abandonará.

A diferencia de los cometas, los planetas giran permanentemente alrededor de un sol del que reciben el calor y la luz, pero con esta rotación sufren la alternancia de los días y de las noches, del calor y del frío: cuando un lado está iluminado, el otro está sumergido en la oscuridad. Pero nada detiene su marcha paciente alrededor del sol.

En cuanto a los soles, éstos son en cambio fuentes inagotables de luz y de calor que favorecen a todas las criaturas.

También encontramos los cometas, los planetas y los soles en los humanos. Los cometas son los seres errantes en su

existencia que no se fijan nunca en nadie, y llevan una vida caótica sin orientación, sin ideal. Los planetas tienen un centro alrededor del cual giran, sienten que no deben alejarse de esta fuente de calor y de luz que es su ideal espiritual. Son variables, y perseveran en el buen camino. Los soles son los grandes Maestros, los Iniciados, que han llegado tan lejos en el camino del amor y de la sabiduría que ya nada puede hacerles desviar de su ideal; permanecen en el centro e iluminan y calientan a las criaturas que haya su alrededor.

Los topos, los peces y los pájaros; las raíces, el tronco y las ramas; los cometas, los planetas y los soles... todas estas imágenes, tomadas de la naturaleza, nos hablan de tres categorías de seres, y cada una de estas categorías está regida por una ley: la primera, por la ley de la necesidad; la segunda, por la ley de la voluntad libre; y la tercera, por la ley de la Providencia divina.

A la ley de la necesidad están sometidos los seres primitivos que, desde hace muchas reencarnaciones, sólo buscan la satisfacción de sus necesidades más groseras. Se han hundido tanto en la materia que ya no tienen ninguna libertad de movimiento, y deben soportar sus condiciones de existencia. No tienen ninguna posibilidad de elección y, para ellos, no hay más que un camino, muy duro, por el que se ven obligados a caminar.

La ley de la voluntad libre, gobierna a seres más evolucionados que, en sus vidas anteriores, han pensando y actuado de tal manera que, ahora, les está permitido decidir su orientación. Su libertad es limitada, claro, pero siempre tienen la posibilidad de escoger por lo menos entre dos direcciones. A esta categoría pertenecen los discípulos de todas las enseñanzas espirituales, los artistas, los sabios, los filósofos, todos aquellos que tratan de progresar.

En cuanto a la ley de la Providencia divina, ésta gobierna a los grandes Maestros y a los grandes Iniciados. Numerosos son los caminos que les son propuestos, entre los cuales pueden escoger. Ante sus ojos, la vida es luminosa y espléndida, porque son soles y la luz está en ellos.

Los seres que representan a los cometas están regidos por la ley de la necesidad, que no les deja elección alguna. Estos seres son, continuamente, víctimas de su ceguera, de sus instintos inferiores. A pesar de todo lo que hagamos por ellos, no pueden escapar a su destino. Es bueno tratar de ayudarles en la esperanza de que se despierte en ellos una pequeña luz, pero no hay que hacerse ilusiones. Todavía tienen necesidad de sufrir, los pobres, y de recibir golpes del destino antes que puedan escapar de sus condiciones deplorables.

Aquellos que representan a los planetas están regidos por la ley de la voluntad libre, y de ellos depende progresar siempre hacia adelante en la vía del bien. Su camino también está sembrado de obstáculos, pero, si se caen, pueden levantarse. Para no equivocarse, deben escuchar constantemente su voz interior porque una vez han elegido, deberán asumir hasta el final las consecuencias de su elección. Si estáis en el tejado de una casa, sois libres de bajar por la escalera o de echaros al vacío. Si decidís saltar, la ley de la gravedad os precipitará contra el suelo y os aplastará. Sólo antes de echaros al vacío sois libres; después, se acabó, os caéis. Claro que si tomáis una mala decisión y os caéis, podréis levantaros de nuevo, pero ¡cuántos esfuerzos tendréis que volver a hacer!

La vida de los soles está regida por la ley de la Providencia divina: son libres, pueden tomar direcciones que todavía son desconocidas para la mayoría de los humanos. En el mundo de tres dimensiones podemos ir de izquierda a derecha, de arriba a

abajo y de delante hacia atrás. Pero en los mundos de cuatro, cinco o más dimensiones, en los que se mueve el espíritu, las vías son infinitas. Estos seres son libres gracias a la presencia de Dios cuya suprema libertad se manifiesta en ellos.

Únicamente el espíritu, que es una pura chispa divina, es libre en nosotros. Para ser libres, debemos pues, identificarnos con nuestro espíritu. A medida que se realiza esta identificación, nos reforzamos y nos escapamos de las condiciones ambientales.

Utilizando aún otra imagen, podemos decir que identificarse con el espíritu significa elevarse por encima de las nubes. Mientras permanezcáis bajo las nubes seréis dependientes: para ver el sol, debéis esperar a que lo quieran las nubes, y mientras tanto, permaneceréis expuestos a la oscuridad, al frío, a la niebla y a la lluvia. Como ignoráis que sois vosotros mismos los que os habéis puesto en esta situación, os quejáis diciendo: "El sol se ha escondido, Dios me ha olvidado". Esto no es verdad; en realidad, estas impresiones son debidas a que os quedáis debajo de las nubes. Si supieseis elevar vuestra conciencia y mantenerla constantemente por encima de las nubes, obtendríais inmediatamente la luz. Por encima de las capas nubosas, el sol brilla siempre.

Pero los seres regidos por la ley de la necesidad, no sólo están por debajo de las nubes, sino que viven bajo tierra, como los topos o los gusanos, cuyo trabajo es preparar la tierra para aquellos que vendrán más tarde. Sobre el suelo viven los seres que están sometidos a la ley de la voluntad libre, pero dependen del capricho de las nubes. Mientras que aquellos que son gobernados por la ley de la Providencia divina, están siempre por encima de las nubes, y aquí, el cielo puro y el sol nunca les abandonan, simbólicamente hablando. La mayoría de los humanos viven por debajo de las nubes, y ahí, naturalmente, la



vida se hace difícil por momentos; pero no deben quejarse. Quejarse no sirve para nada y, en todo caso, nunca ha servido para escapar a las dificultades. El único medio que tenéis de cambiar las cosas es, por el contrario, cultivar la alegría, porque de esta manera os dilatáis, mientras que con el descontento os crispáis y así, no mejoraréis la situación, y entraréis en el campo en donde reina la ley de la necesidad: la elección se limita, el camino se vuelve cada vez más estrecho y los tejidos pierden flexibilidad en el organismo. El que se mantiene en este estado de espíritu negativo, no tiene ninguna oportunidad de mejorar la situación. Las cosas sólo se arreglarán si lográis encontrar la actitud adecuada.

En ningún lugar está escrito que debáis ser aplastados irremediabilmente por el destino. La fatalidad sólo existe para aquel que corta la conexión con el espíritu. Así pues, pase lo que pase, debéis deciros: "Soy un espíritu y puedo cambiar mi destino". Evidentemente, al principio sólo podréis cambiar pocas cosas, y sólo os desviaréis una centésima de grado de vuestro estado primitivo. Pero si persistís esforzándoos en esta dirección, un día podréis colocar a todo un sistema solar entre la fatalidad y vosotros. Lo que importa es poder cambiar vuestra dirección. En cuanto comprendáis que os habéis equivocado de camino, debéis cambiar de dirección y seguir caminando. Un día, vuestro destino se transformará completamente. El discípulo conoce claramente las leyes del destino. Sabe que las pruebas que deberá afrontar en el transcurso de su existencia, son la consecuencia de las transgresiones que ha cometido en sus precedentes encarnaciones. Ahora debe pagar, reparar y aprender. Para ello, debe aceptar todas las condiciones que la Justicia divina ha decidido para él. Nada puede oponerse a estas decisiones. Si debéis sufrir un fracaso, o una enfermedad, o tener una vivencia desgraciada, no escaparéis a ello. En el plano físico, no sois libres. Si queréis ser

libres, debéis elevaros hasta el plano espiritual. A través de la oración, de la meditación, establecéis conexiones con el mundo divino, trabajáis para volveros más luminosos, más fuertes, más puros y tener más amor, y gracias a estas virtudes transformáis vuestras pruebas. Pero no escaparéis a ellas.

Imaginaos que alguien creyese que puede luchar contra el invierno o impedir que venga. Tarde o temprano tendrá que admitir que el invierno es más poderoso que él y que debe sufrirlo. Pues bien, éste es el comportamiento de la mayoría de los humanos ante los acontecimientos de la vida: creen que ellos serán los más fuertes... ¡Y son las víctimas! Mientras que el discípulo, en cambio, sabe que vendrá el invierno, y se dice: "Voy a aprovisionarme de madera, de carbón, de vestidos, y, con todo eso, ¡que el invierno sea bienvenido!" De esta manera, el invierno y el discípulo están contentos. Podemos resolver el problema, no luchando contra las pruebas a las que nos somete el destino, sino haciendo provisiones de carbón, de vestidos, de alimentos, es decir, de sabiduría y de amor para afrontar las dificultades con lucidez y valor.

Ahí es donde se encuentra nuestro poder, nuestra libertad. Si hemos venido a la tierra con muchas deudas que pagar, debemos trabajar para ganar mucho, antes de que sobrevengan los acontecimientos, para poder ser ayudados cuando llegue el momento. Quizá logréis huir de una prueba cuando ésta se os presente, pero sabed que se volverá a presentar, doblemente pesada, algunos años después o en otra encarnación... Y ¿quién sabe si tendréis, entonces, las mismas condiciones para afrontarla? Por tanto, debéis procurar liquidar los pagos inmediatamente, en esta vida.

Y el mejor método para pagar nuestras deudas es ponemos al servicio del Señor, trabajar para la venida de su Reino. Trabajar

para el bien de la humanidad de forma impersonal, es entrar en la abundancia de la Fraternidad Blanca Universal que está arriba. Entonces, todos los hermanos y hermanas del mundo divino empiezan a tomar, cada uno, una parte de vuestras deudas: os ayudan a soportar vuestros sufrimientos. Sí, pero comprended bien que todo eso sucede en la conciencia. No sois ayudados en el plano físico, material, sino en el plano espiritual. Así que, trabajad para el Reino de Dios. Si sólo trabajáis para vosotros mismos, tendréis que padecer vuestro destino.

## II

Se puede decir que, desde su nacimiento, el hombre va en busca de la verdad. A los pocos meses, el pequeño niño empieza ya a explorar el mundo: mira a su alrededor, escucha los ruidos, toca los objetos, se los mete en la boca... En cuanto sabe hablar, pregunta cosas continuamente y, un día, sus padres le envían a la escuela para que se instruya. Esta instrucción dura años, pero finalmente llega el momento en que desea sentirse independiente y libre. Antes, sus padres y sus profesores eran para él modelos a los que respetaba; pero ahora los rechaza y decide contar sólo consigo mismo, con las experiencias que va a realizar para encontrar "su" verdad. Muy bien, es normal, pero cuando alguien habla de realizar experiencias, ¿cómo es que siempre entiende por "experiencias" el vivir aventuras arriesgadas: libertinaje, alcohol, droga, etc.? ¿Por qué "realizar experiencias" nunca significa tratar de caminar por el camino de la luz y de las virtudes divinas?

La gente quiere escaparse de la banalidad cotidiana para probar algo nuevo, inaudito. Pero es en la vida espiritual donde hay experiencias nuevas que hacer! Cuando pretenden probarlo

todo, ¿por qué no prueban también meditar, rezar, conectarse con el mundo de la luz, progresar en el camino del amor y de la sabiduría siguiendo el ejemplo de los Iniciados y de los grandes Maestros? Es lógico que un día consideren que las lecciones de los profesores o de los padres les son insuficientes; pero ello no justifica que deban lanzarse alocadamente a toda clase de aventuras, llevados únicamente por su deseo de independencia.

Aquel que decide prescindir de la experiencia de sus antepasados, demuestra que no ha entendido lo que es la independencia. Además, lo reconozca o no, no puede dejar de tenerla en cuenta. ¿Qué hacen un novelista, un poeta, un filósofo, un músico, un pintor? Viven su vida al mismo tiempo que crean una obra que no es más que el reflejo de sus experiencias; y después dejan esta obra a los hombres para que se nutran de ella. Siglo tras siglo, se ha ido constituyendo, poco a poco, toda una herencia de pensamientos y de sensibilidades que nosotros recibimos, por así decirlo, desde el nacimiento. La realidad es, pues, que somos invadidos por la vida de los demás, por sus pensamientos, sus sentimientos, sus descubrimientos, sus admiraciones, pero también por sus errores y sus angustias. ¿De qué libertad se habla, pues? No podemos vivir sin recibir influencias.

La influencia es la ley de la vida. Todo lo que miramos, escuchamos, saboreamos, tocamos, respiramos, comemos, nos influencia continuamente. A menudo, si pensamos que somos libres, es porque no sabemos bajo qué influencias estamos actuando. Menos mal que algunos, sin saberlo, reciben buenas influencias, porque si fuesen conscientes de ello, con su deseo ridículo de independencia, habrían sido capaces de rechazarlas.

Si queréis verdaderamente vuestra salvación, debéis comprender cuán importante es ser guiados por los grandes

espíritus que viven o que han vivido en la tierra. Estos seres, que han realizado muchas más experiencias que nosotros, que han resuelto muchos problemas, son como libros vivientes que nos comunican los conocimientos que poseen. Nosotros vivimos, actuamos y, gracias a ellos, algo más se suma a nuestras propias experiencias, algo superior, más rico que nosotros y que nos ayuda.

Al rechazar toda autoridad espiritual o moral para hacer sólo lo que les da la gana, los humanos reproducen, cada vez, la falta de Adán y Eva. Se dice en el Génesis que Dios, que había puesto a Adán y Eva en el jardín del Edén, les había prohibido comer del fruto del Árbol del Conocimiento del bien y del mal. Pero desobedecieron y fueron expulsados del jardín.

El misterio que encierra el Árbol del Conocimiento del bien y del mal concierne a las fuerzas en acción en la naturaleza. El hombre ocupa un cierto lugar en el universo; a este lugar le corresponde un estado de conciencia determinado que no le permite conocerlo y experimentarlo todo. Aunque se pueda decir que la curiosidad es uno de los principales motores de la evolución humana, hay experiencias para las cuales los humanos aún no están preparados, y si las realizan prematuramente se exponen a grandes peligros. Ya os hablé ampliamente del Árbol del Conocimiento del bien y del mal. Simbólicamente, podemos decir que antes de cometer la falta, los primeros hombres vivían en las flores del Árbol cósmico pero que, al querer ampliar su campo de investigación, descendieron hasta las raíces, en donde ciertamente hay muchas cosas que descubrir... Pero en ellas descubrieron también la limitación y la muerte.

Para reconquistar nuestra libertad, no tenemos otro medio que el retomar el camino hacia las alturas. ¿Cómo? Aplicándonos a cumplir la voluntad del Creador. La libertad no existe fuera de

la sumisión a Dios, a Aquél a quien los Salmos llaman el Altísimo y que es el Poder, la Sabiduría y el Amor. Al separarse del Creador, consciente o inconscientemente, el hombre se vuelve esclavo de las entidades inferiores que tienen interés en seducirle para dominarle, como hizo la serpiente que arrastró a Adán y a Eva fuera del Paraíso. Porque lo que el Génesis llama "la serpiente" es una expresión simbólica para designar a toda una categoría de seres maléficos que, habiéndose revelado contra Dios, quisieron arrastrar a los humanos en su rebelión. Por eso, para recobrar ahora nuestra libertad, debemos conectarnos con las entidades luminosas que permanecieron fieles al Señor.

Sólo en el nivel más elevado, en el plano divino, la palabra "libertad" adquiere todo su significado. Cuando cumplimos la voluntad de Dios, Dios se manifiesta en nosotros, y como El es libre, nosotros nos sentimos libres también por su presencia en nosotros: somos libres de su libertad. Dios actúa en nosotros, y nosotros vivimos de su acción libre.

Todos aquellos que buscan su libertad abandonando sus responsabilidades o dejándose llevar por las pasiones, por los instintos más bajos, son esclavos de los espíritus inferiores a quienes están abriendo las puertas. Allí donde no entra el Señor, entran los diablos. En tanto no impidamos que Dios entre en nosotros para que El llene nuestra alma y nuestro espíritu con la libertad, la luz y la fuerza que El posee, dejamos sitio libre para nuestros enemigos. Todos nuestros tormentos provienen de estos enemigos que nos habitan.

La libertad no existe allí donde la buscamos, ni bajo la forma que nos imaginamos. Cuántos dicen:

"No trabajaré, no me casaré, no tendré hijos, no quiero ninguna obligación. ¡Quiero libertad!" Pero, ¿creéis acaso que son libres? No, interiormente están todavía más limitados que los



demás, porque esta voluntad de liberación no les ha sido inspirada por un ideal noble y desinteresado.

"La verdad os hará libres", decía Jesús. Esta verdad que nos libera, es la del amor y de la sabiduría y es la verdad de todos los Iniciados. Por eso el Maestro Peter Deunov compuso el canto "Kaji mi ti istinata"; "Dime la verdad que aporta la libertad a mi alma", pide el discípulo, y el Maestro responde:

"Sé consciente, ama, siembra, construye, dalo todo."

La verdad no puede, pues, esclavizarnos. La mayoría de los humanos tratan de esclavizar a los demás en nombre de la verdad, porque todavía no la han comprendido como un fruto de la sabiduría y del amor. Pero los que así se imponen, deben saber que no son buenos servidores de la verdad, porque en la violencia no hay ni amor ni sabiduría. Diréis: "Pero si algunos niegan la verdad, ¿no habrá que imponérsela?" No. No hay que imponer la verdad, y además, ello no sirve de nada. Hay que saber que la verdad no puede ser recibida por todos, porque muchos están aún muy lejos del amor y de la sabiduría, y el Cielo prohíbe que se les imponga la verdad por la violencia. Por eso, la enseñanza de los grandes Maestros es para seres que ya están preparados, para seres que, habiendo ya realizado experiencias, han comprendido que el verdadero progreso está en el progreso espiritual. Para aquellos que no lo han comprendido, desgraciadamente, hay que esperar que los acontecimientos de la vida les golpeen a martillazos. En cambio el verdadero Maestro sólo posee pequeños martillos: no puede utilizarlos para trabajar grandes bloques de piedra, y reserva sus instrumentos para otros trabajos más sutiles. Cuando ve una forma ya elaborada, sabe que ahí se puede hacer algo: con pequeños toques afina los detalles para dar a esa forma más armonía, más expresividad; se esfuerza para hacer que en ese semblante aparezcan los rasgos originales del semblante de Dios...



Debemos buscar la libertad en la sumisión al Creador. En los versículos de la oración dominical:

"Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo... ", Jesús expresó magníficamente en qué consiste esta sumisión. Decía también: "Yo he venido para hacer las obras de Aquél que me ha enviado". Y nosotros también, si queremos entrar en el dominio de la Providencia divina, debemos convertirnos en obreros del campo del Señor. Así, cuando nuestros acreedores -las leyes del mundo espiritual que hemos transgredido- vengan a vemos, exigiéndonos que les reembolsemos nuestras deudas so pena de llevamos a la cárcel, el Señor responderá: "Dejadle tranquilo, porque es mi servidor. - Sí, ¡pero tiene deudas! - ¿Cuáles? ¿Cuántas? - Cometió tal falta, infringió tal regla. - Bueno, de acuerdo, pero es mi obrero, trabaja para mí; iros tranquilos, Yo pagaré sus deudas." Como Dios es justo, no expulsa a los acreedores que reclaman sus derechos, sino que les dice simplemente: "Yo pagaré en su lugar; iros contentos. " Por eso debemos tener interés en ser obreros del Señor. Nuestros acreedores son innumerables y, para satisfacerles, tendríamos que poseer riquezas inmensas que no podemos adquirir ni fácil, ni rápidamente. Cuando el Señor ve que nosotros le consagramos nuestros pensamientos, nuestro trabajo, nuestro amor, El paga nuestras deudas. No sirve de nada que declaremos a nuestros acreedores:

"Pertenezco a una familia distinguida. Soy un gran erudito". Responderán que todo eso no les interesa y que debemos pagarles, y entonces hasta que no hayamos pagado todas las deudas, nuestro corazón y nuestra cabeza sufrirán toda clase de desgarros. El día que vivamos en la verdad, los acreedores ya no nos visitarán más; si vienen, es señal de que estamos todavía en el tronco del árbol, allí donde siempre padeceremos ciertas

limitaciones. Para recobrar la libertad, hay que volver a subir a la cima del árbol.

En los cuentos de las Mil y Una Noches, hay un relato muy interesante desde el punto de vista de la Ciencia iniciática. El rey Salomón poseía conocimientos mágicos gracias a los cuales daba órdenes a los espíritus de la naturaleza. Les mandaba a las entrañas de la tierra o al fondo de los océanos a buscar materiales preciosos que necesitaba para la construcción del templo de Jerusalén. ¿Es esto cierto? No lo sé, pero no es esto lo interesante, sino la lección que podemos extraer de este cuento.

"Un día, un espíritu muy poderoso se negó a obedecer a Salomón, y éste, para castigarle, le encerró en un recipiente que precintó con su sello y echó al mar. Durante el primer siglo, el genio prometió que si alguien le liberaba, le daría una gran fortuna. Pasó el siglo y no vino nadie. Durante el segundo siglo, prometió que le daría a su liberador todos los tesoros de la tierra. Nadie vino. Hubo un tercer siglo en el transcurso del cual el genio juró que aquel que le devolviese la libertad se convertiría en un monarca muy poderoso. Pero tampoco vino nadie. Y así pasaron varios siglos. Desesperado, furioso, el genio acabó gritando: "Pues ahora, al que venga a liberarme, le mataré".

Evidentemente, desde que fue echado al mar por Salomón, el genio viajó mucho por el fondo del mar. Un día, finalmente, fue arrojado a una orilla en donde vivía un pobre pescador que, cada mañana, iba a echar sus redes al mar y obtenía justo el pescado necesario para que pudieran vivir su mujer y sus hijos. Una mañana, cuando retiró las redes, sintió que éstas se resistían fuertemente. Pensó que quizá había cogido un pez más grande que de costumbre y se alegró... Finalmente, sacó la red y vio que había atrapado un gran recipiente precintado con un sello. Primero quedó chasqueado, pero después se dijo que un recipiente

que alguien se habían tomado la molestia de sellar de esta manera, debía ciertamente contener algo preciado. Con su cuchillo logró finalmente abrir el recipiente. Primero tuvo la impresión de que estaba vacío, pero poco a poco vio que se formaba una especie de vapor negro que se elevó por el aire y se extendió tanto por encima del mar que veló el sol.

Cuando hubo salido enteramente del recipiente, este vapor tomó la forma de un gigante enorme que se irguió ante él con una expresión terrible y le dijo: "¡Ah! eres tú el que, por fin, me ha liberado. Bien, no tienes suerte, prepárate a morir. Hace siglos que el rey Salomón me encerró en este recipiente. Durante mucho tiempo he estado dispuesto a colmar de presentes a quien viniese a liberarme, pero has tardado demasiado, y ahora he decidido matarte. Vamos, ya puedes rezar". El pobre pescador, aterrorizado, trató de que el genio se apiadase de él diciéndole que su mujer y sus hijos se morirían de hambre si él no estuviese para darles de comer. Pero fue en vano; el genio permaneció impasible.

Sin embargo, el pescador no era tan tonto: cuando vio que no lograría enternecer a este malvado, decidió emplear la astucia. Le dijo: "Lo acepto, comprendo que debo morir. Pero concédeme la gracia de responderme a una pregunta, y prométeme que me vas a decir la verdad." El genio se lo prometió. "Cuando veo tu inmensa talla, dijo el pescador, no puedo creerme que realmente estabas en este recipiente. - Sí, ¡estaba en él! - ¡me parece una cosa tan extraordinaria! - replicó el Pescador - Sólo me lo creeré verdaderamente si me muestras cómo es ello posible." El genio, molesto de que el pescador continuase dudando de su palabra, aceptó hacer lo necesario para convencerle. Ante sus ojos, se transformó de nuevo en una humareda que volvió a entrar en el recipiente. Entonces, el pescador cogió rápidamente la tapadera y cerró el recipiente.

Y entonces el genio tuvo que suplicarle al pescador que le diese de nuevo la libertad... " La historia continúa, pero sólo os he contado el principio para que comprendáis que cosas así nos suceden también a nosotros. Diariamente, estas entidades que tenemos dentro nos piden que las liberemos y, si las satisfacemos, quedaremos expuestos a grandes peligros. Antes de liberarlas, hay que conocer su naturaleza y decirse que, si están atadas de esta manera es que ciertamente hay razones para ello. Lo mismo que no debemos liberar los gases tóxicos que están encerrados en un laboratorio de química, tampoco debemos liberar en el hombre todas las fuerzas del subconsciente: los instintos, las pasiones. Si las liberamos, nosotros seremos las primeras víctimas.

Al que hay que liberar en nosotros, es al Espíritu divino. La libertad es la verdad que se expresa en el terreno de la acción. Ser libre es actuar según la verdad divina.



*Centre OMRAAM*  
*Institut Solve et Coagula*  
*Reus*  
[www.omraam.es](http://www.omraam.es)  
*Primer Centro*  
*De difusión de la obra*  
*Del Maestro OMRAAM*  
*En lengua Española*